

# LA VUELTA DE LOS DÍAS

## UNA REVOLUCIÓN EN LA SOCIOLOGÍA SOVIÉTICA: EL SURGIMIENTO DE LOS SONDEOS DE OPINIÓN

NICOLAS WERT\*

**A**DAM SCHAFF DEFINIÓ la "actitud intelectual" staliniana de la siguiente manera: "lo primordial no es lo que la gente piensa sino lo que debe pensar". La frase se aplica particularmente bien a la sociología soviética, al menos hasta hace poco tiempo. Aunque en los años 1920 se llevan a cabo numerosas encuestas sociológicas en el medio rural algunas de ellas notables (las autoridades deseaban saber si el campo evolucionaba hacia el capitalismo o hacia el socialismo) y más tarde, en la década de 1960, en el curso de la desestalinización que siguió al XX Congreso del PCUS, resurgieron los sondeos de opinión entre los campesinos, "el papel de la sociología soviética", como lo afirma Tatiana Zaslavskaja, "se ha limitado a repetir, comentar y aprobar las decisiones del Partido". En los últimos veinte años fueron creadas cerca de cuarenta secciones de sociología en las universidades y sucursales de la Academia de ciencias de la URSS. Sin embargo —hecho altamente significativo—, no existen facultades de sociología, ni cátedras de sociología en la Academia de ciencias sociales del Comité central del PCUS. El nivel de las investigaciones sigue siendo mediocre, como se advierte en la falta de confiabilidad de los datos (...), la confección estereotipada de los programas y la ausencia de estudios sobre secciones enteras de la realidad social consideradas "negativas" (efectos sociales de la economía paralela, criminalidad, toxicomanía, alcoholismo). En términos genera-

les, la sociología soviética aún padece grandes limitaciones:

—Falta de autonomía con respecto a la tríada materialismo histórico, economía política y comunismo científico.

—Falta de acceso a la estadística social. Existe la estadística estatal, pero como comentaba recientemente un sociólogo soviético, "se haya confinada en las cámaras blindadas del Comité de estadística del Estado y no es accesible ni utilizable para los investigadores".

—Falta de personal calificado. Esta circunstancia puede resumirse con la siguiente fórmula: "una sociología sin sociólogos".

—Falta de aplicación práctica. Los sociólogos nunca son consultados, ni en la concepción, ni en la gestión de los grandes proyectos sociales.

La oleada de cambios y reformas alcanzó al sector hasta entonces olvidado de la sociología a principios de 1988, es decir, dos años después del lanzamiento de la ofensiva contra el stalinismo en el frente de la historia. En enero de 1988 el profesor I. Iadov fue nombrado director del Instituto de investigaciones sociológicas, dependiente de la Academia de ciencias, y Tatiana Zaslavskaja obtuvo los recursos necesarios para crear el primer Centro soviético de estudios de la opinión pública, oficialmente adscrito a la Unión Nacional de Sindicatos (VTSSPS) y al Comité estatal del trabajo. Las investigaciones del Centro deben orientarse, en primer lugar, hacia el problema de la recepción, por parte de la opinión pública, de las reformas económicas y políticas emprendidas por el gobierno.

Los objetivos del Centro son ambiciosos. De aquí a dos o tres años debe contar con 25 filiales distribuidas en cada

una de las repúblicas soviéticas. Hasta el momento se han creado 16 filiales, que emplean a cientos de personas —80 de ellas en Moscú. Significativamente, el "equipo pensante" del Centro de estudios está integrado por representantes de "la generación del XX Congreso", mismos que en 1972 fueron expulsados del Instituto de investigaciones sociológicas (Levada, Sedov, Levinson). Este Centro de estudios tiene otra originalidad: aunque opera con fondos públicos, a mediano plazo deberá autofinanciarse, vendiendo encuestas a organismos soviéticos y extranjeros —empresas, órganos de prensa.

A un año de la creación del Centro de estudios (de la opinión pública), ¿qué balance podemos hacer de la exploración de esa *terra incognita* que es la opinión pública soviética?

Hasta el momento, una decena de importantes encuestas han sido publicadas en la prensa, principalmente en *Sovetskaja Kultura*, *Troud*, *Moskovskie Novosti*, *Komsomolskaia Pravda* y *Literaturnaja Gazeta*. No todos los sondeos se han publicado en la prensa soviética; algunos de ellos han sido vendidos a periódicos occidentales. Las encuestas sobre los privilegios (junio de 1988), la intolerancia y el racismo (agosto de 1988), las suscripciones a revistas (agosto de 1988), la reforma educativa (octubre de 1988), el acceso a la propiedad privada (noviembre de 1988), las elecciones profesionales (diciembre de 1988), el balance del año 1988 (febrero - marzo de 1989) y las elecciones (marzo de 1989), figuran entre las más interesantes. Los sondeos se llevan a cabo siguiendo diversos métodos, ya sea por teléfono y únicamente en la región de Moscú (con

\* Agregado cultural de la Embajada de Francia en Moscú. Autor, entre otras obras, de *Être communiste en URSS sous Staline*, Gallimard, colección Archives, 1981

El informe apareció en francés en *Le Débat*.

una muestra tipo de mil personas); con el método llamado probabilista (es el caso de las encuestas del Centro de la Asociación soviética de sociología acerca de la intolerancia y el racismo y las elecciones); o bien por escrito, con una muestra de 2 500 personas, clasificada científicamente como representativa del conjunto de la población (por ejemplo, las encuestas del Centro de estudios de la opinión pública). El sondeo "balance del año 1988" se llevó a cabo con este último método y, al mismo tiempo, con las respuestas enviadas espontáneamente a la redacción de *Literaturnaja Gazeta*, la cual, en su número del primero de febrero de 1989, publicó un cuestionario de 34 preguntas. En el curso de un mes, la redacción de este semanario recibió 196 000 respuestas espontáneas, en su gran mayoría firmadas (¡una auténtica revolución de las mentalidades!). Las respuestas fueron procesadas por el Centro de estudios de la opinión pública y parcialmente publicadas el 29 de marzo pasado en *Literaturnaja Gazeta*.

Primera confirmación: a pesar de los decenios de relativo aislamiento respecto al mundo exterior y del intenso adoctrinamiento ideológico, la sociedad soviética de nuestros días genera actitudes, ideas y prejuicios muy semejantes a los que existen en las sociedades occidentales. Tomemos por ejemplo el problema de la intolerancia y el racismo. Uno de cada ocho soviéticos interrogados siente hostilidad hacia los negros, los árabes y los judíos (y uno de cada cuatro, hacia los gitanos). Dos de cada tres soviéticos censurarían el matrimonio de un hijo o una hija con un negro o un árabe (por el contrario, el 58% aprobaría ese mismo matrimonio con un judío, el 59% con un blanco norteamericano y el 66% con un europeo). Un pequeño núcleo de racistas endurecidos, una mayoría de gentes que no desearía introducir a una persona de color en su familia y, al mismo tiempo, una mayoría abierta a los extranjeros que le parecen menos "diferentes" (59% de los soviéticos manifiestan su simpatía hacia los europeos y 48% hacia los norteamericanos blancos)—he aquí el perfil de una sociedad impermeable al "espíritu internacionalista de solidaridad con el Tercer Mundo" y a las tesis xenofóbicas de algunos neoeslavófilos. La cuestión del pluripartidismo revela el mismo sentido de la medida y la tolerancia políticas, sorpren-

dente, dadas las circunstancias históricas. Dos de cada tres soviéticos interrogados se dicen favorables al pluripartidismo. Tres de cada cuatro soviéticos verían con buenos ojos la creación de un partido ecologista (volveremos a encontrarlos, más adelante, con signos indiscutibles del impacto de los temas ecologistas en la opinión pública soviética). Uno de cada tres soviéticos aprobaría la creación de un partido nacional ruso, un partido socialista y un partido cristiano. Los opositores a estos partidos serían casi tan numerosos como las personas favorables a su creación; otro tercio se declaró "indiferente" o "sin opinión al respecto". Si en estos momentos se llevaran a cabo elecciones libres en la URSS, cerca de un cuarto del electorado se abstendría (23%); el PCUS podría obtener una limitada mayoría de votos (el 55%); el partido ecologista un 21%; el partido socialista un 12% y el partido nacional ruso, el partido cristiano y el demócrata - burgués, 4% cada uno. De este modo, el PCUS parecería escapar a la derrota que, según todos los sondeos de opinión, acecharía al PC polaco en caso de efectuarse elecciones libres. Existen dos explicaciones para este fenómeno: aunque hoy en día, según opina el sociólogo I. Kliamkine, el PCUS sea incapaz de explicar concretamente en qué consiste su "papel dirigente" en la sociedad, a lo largo de setenta años ha logrado identificarse a tal grado con el devenir del país, que la mayoría de los ciudadanos lo considera un elemento político insoslayable. Por otro lado, el Partido reúne hoy en día un abanico tan amplio de tendencias, desde las más progresistas hasta las más conservadoras, que la mayoría del electorado puede reconocerse fácilmente en una u otra de ellas. En estas circunstancias, el hecho de que el 45% de los electores se incline por soluciones políticas alternativas representa una evolución tanto más significativa.

Primera conclusión —banal a primera vista, y que sin embargo vale la pena señalar, frente a todo lo que se ha escrito sobre esta sociedad aplastada, embrutecida, aniquilada por el sistema totalitario, esta sociedad de otro tipo—: los sondeos de opinión revelan una sociedad cuyos comportamientos políticos e ideológicos son, después de todo, bastante próximos a los nuestros.

Segunda confirmación: frente a la cri-

sis, la sociedad soviética parece a la vez lúcida y pesimista. En la actualidad, sólo el 11% de las personas interrogadas considera desahogada su situación económica. Por el contrario, el 30% afirma que no consigue redondear la quinceña y un 27% declara limitarse en todo para mantener a flote su presupuesto. Nueve de cada diez soviéticos se quejan del déficit de productos de consumo básico, y tres de cada cuatro, de la mala calidad de los servicios médicos. ¿Qué peligros acechan a su país? El 85% de los soviéticos menciona las catástrofes ecológicas (Chernobyl ha dejado profundas huellas en el inconsciente colectivo); el 70% evoca conflictos interétnicos; el 50%, las catástrofes ecológicas y sólo el 4% el riesgo de una guerra. El 71% de los soviéticos juzga imposible o poco probable el riesgo de nuevas represiones masivas consiguientes a un regreso al poder de los conservadores. La obsesión del cerco imperialista y el temor a la guerra parecen haber sido conjurados. Las explicaciones que se dan a la crisis por la que atraviesa el país manifiestan el mismo rechazo por los esquemas simplistas, reiterados hasta hace poco tiempo (¿acaso estaban interiorizados?): sólo el 1% de los soviéticos interrogados responsabiliza al "imperialismo" de las dificultades económicas. El 4% atribuye la crisis a los "enemigos interiores" y el 95% considera que los problemas actuales de la URSS son atribuibles al propio sistema. Uno de cada dos soviéticos menciona errores, cometidos en el pasado, en las estrategias de desarrollo económico y social. El análisis de los males que aquejan al sistema combina, por supuesto, consideraciones muy diversas, de distintos órdenes (histórico, socio-político, moral); este análisis atestigua una sorprendente lucidez y, al mismo tiempo, un rechazo absoluto de cualquier explicación global e ideológica.

Principales males del sistema (es posible señalar varias respuestas):

el 65% mencionó la omnipotencia de la burocracia;

el 59.6%, la corrupción, el robo generalizado y la "especulación";

el 58%, el retraso tecnológico;

el 47.4%, las consecuencias de errores cometidos en el pasado, sobre todo durante el stalinismo;

el 44.1% mencionó la "dictadura de los mediocres";

el 30.3%, el fracaso de los valores morales;

el 26.3%, el hecho de que las gentes "han olvidado cómo trabajar";

el 18.3%, el "materialismo exacerbado" y

el 11%, la "mentalidad de esclavo" del pueblo ruso.

¿Qué hacer para superar la crisis? En primer lugar, disminuir los gastos militares (el 71.2% de las personas interrogadas sugieren esta medida). Significativamente, dos de cada tres soviéticos saludaron el regreso de las tropas soviéticas estacionadas en Afganistán como "el acontecimiento más positivo de 1988" (muy por encima de la XIX conferencia del Partido). Es de llamar la atención, a este respecto, una clara degradación, sobre todo en los medios intelectuales, de la imagen de marca de un ejército acusado de ser "uno de los bastiones de la violación de los derechos ciudadanos" (el 55% de los soviéticos condena la *dedovschina*, sistema de bromas que los reclutas de segundo año infligen a los de primer año, que ha sido tolerado, incluso promovido por la oficialidad). Segunda medida para salir de la crisis: devolver la tierra a los campesinos (el 67% de los soviéticos se muestra favorable a esta solución). Tercera medida: conceder un poder efectivo a los soviets locales (el 47%). En cuanto al desarrollo de empresas privadas y cooperativas, sólo el 22% de las personas interrogadas ve en ello un remedio eficaz. Varios sondeos confirman este punto: la inmensa mayoría de los soviéticos se pronuncia por una ampliación de las libertades en la vida pública y la ideología (84% reclaman una mayor libertad de expresión; 80% mayor libertad de asociación; 78%, la posibilidad para todos los soviéticos, de establecerse en el lugar del país que deseen —es decir, la supresión de la *propiska*), sin embargo, la misma mayoría se muestra reticente en cuanto a la libertad de empresa<sup>2</sup>. Para la mayoría de los soviéticos, que vive cotidianamente un sistema en el que coexisten cuatro redes de distribución y cuatro niveles de precios (precio estatal, precio del sector cooperativo, precio del mercado libre y precio del mercado negro), la libertad económica sigue siendo sinónimo de carestía. Las personas interrogadas en el marco de la encuesta sobre el acceso a la propiedad prefieren adquirir una casa o un depar-

tamento a rentarlos. Sin embargo, la gran mayoría desea que el precio de venta de los departamentos construidos por empresas privadas sean establecidos por el Estado a un nivel "razonable". Nos topamos aquí con uno de los escollos de la perestroika. Los soviéticos, en su conjunto, han hecho suya la campaña de "transparencia" lanzada por el gobierno. Lo cual es fácil de entender: de hecho, la *glasnost* no es sino la expresión y el reconocimiento públicos de lo que todo el mundo sabía —y expresaba en privado. Los sondeos de opinión confirman que, en su gran mayoría, los soviéticos desean cada vez más transparencia en todos los campos: reconocimiento del pasado nacional (no sólo con Stalin, también con Jruschov, Brejnev y Lenin), publicación de obras largo tiempo censuradas. El 85% de los soviéticos opina que desde hace dos años, los medios de comunicación han desempeñado un papel muy positivo. Sin embargo, falta esclarecer aún más: 1) la cuestión de la defensa de los derechos del hombre; 2) la cuestión del nivel de vida en el extranjero y 3) la cuestión de la *dedovschina* en el ejército.

Del mismo modo, las grandes decisiones del gobierno en materia de relaciones internacionales parecen haber encontrado apoyo en una fuerte corriente de opinión refractaria al mito del cerco imperialista y favorable a la reducción de los gastos militares. Por el contrario, la opinión pública se muestra mucho más dividida y hasta reticente, cuando se trata de aplicar las reformas económicas destinadas a resolver una crisis que, por fin, se reconoce públicamente. En ese caso, prevalece un profundo desaliento, incluso cierto complejo de inferioridad (largo tiempo oculto, ahora exteriorizado). ¿En cuáles campos se puede citar a la URSS como ejemplo? El 90% de las 196 000 personas que respondieron el cuestionario de la *Literaturnaja Gazeta* contestó: "en ninguno". Las virtudes más frecuentemente citadas por el 10% restante son, en orden descendente, ¡"paciencia", "hospitalidad" y "pacifismo"! La inmensa mayoría de los soviéticos opina que Japón y los Estados Unidos son los dos países que hay que tomar como ejemplos. Después de Gorbachev, los políticos más populares son... ¡Ronald Reagan y Margaret Thatcher!

El complejo de inferioridad nacional

y la atracción, superficial, por las soluciones ultra-liberales (siempre y cuando se apliquen en otros países), van a la par con una deriva del espíritu, una profunda desorientación intelectual (¿cómo conciliar la admiración simultánea por Gorbachev y Reagan? ¿En cuál casilla ideológica clasificarla?) y la actitud pusilánime característica de las personas asistidas, temerosas de perder las ventajas de precios inmutables, garantizados por el Estado. En este nudo inextricable se conjugan los efectos de decenios de mentiras, de propaganda contra el espíritu de libre empresa y propiedad privada y, al mismo tiempo, las urgencias de una sociedad de penuria. El resultado es una mentalidad económica de tipo pre-industrial, en donde el consumidor espera que el Estado lo proteja de los "especuladores", los "acaparadores", los "particulares" en general y le garantice precios "justos". (La avalancha de cartas de lectores indignados por el enriquecimiento de los gerentes de los restaurantes cooperativos recientemente inaugurados en Moscú y otras grandes ciudades, ilustra perfectamente esta actitud). Pienso, involuntariamente, en el *foutu maximum* del père Duchesne.

Hace apenas un año que las encuestas de opinión surgieron en la URSS. Sin embargo, nos presentan ya un cuadro extraordinariamente matizado y verídico, que nos ayuda a comprender mejor los complejos problemas a los que se enfrenta el gobierno soviético. Por lo demás, las encuestas no sólo suministran información. A través de ellas la opinión pública, esa realidad aún ayer ignorada y negada, adquiere vida y fuerza propias. ¿Acaso 196 000 personas contestarían espontáneamente páginas enteras de cuestionarios si no tuvieran la impresión de que "eso sirve de algo"? El 51% de los soviéticos interrogados considera que la opinión pública puede jugar, hoy en día, un papel en la toma de decisiones políticas. En agosto del año pasado, cuando algunos elementos conservadores intentaron limitar el número de suscripciones a las revistas para el año 1989, pretextando escasez de papel, *Noticias de Moscú*, un semanario situado en la avanzada del combate por la *glasnost*, publicó un sondeo, realizado en un tiempo mínimo, en donde se mostraba que el 90% de las personas interrogadas condenaban la restricción de los abonos

como una maniobra para obstaculizar la transparencia. Los partidarios del "movimiento" invocaron este sondeo para justificar la ampliación de la libertad de prensa. La medida que limitaba los abonos fue derogada. Dos acontecimientos ocurridos en fechas recientes en torno a la encuesta "balance del año 1988", dan fe de lo mucho que se ha avanzado en los últimos meses. La encuesta debía publicarse en el número del 22 de marzo de la *Literaturnaja Gazeta*. La redacción de la revista juzgó que "los resultados podían influir en los electores, en

vísperas del escrutinio capital del 26 de marzo", y decidió posponer su publicación hasta el número del 29 de marzo, "de acuerdo con una práctica vigente en las democracias occidentales". Ese día aparecieron los resultados parciales de la encuesta. Algunas rúbricas habían desaparecido, principalmente las relativas a "la URSS como modelo". Esos resultados, sin duda, eran demasiado duros de aceptar. Pero esta vez el principal culpable, al parecer, no fue el censor, sino un diario norteamericano que compró los derechos exclusivos para publicar,

inéditos, los resultados concernientes a las cuestiones nacionales... por la suma de 10 000 dólares, que el Centro de estudios de la opinión pública pensaba invertir en la compra de material de informática japonés.

## NOTAS

- Entre otros, "mafiosos", "especuladores", "judeo-masones" y "sionistas".
- A excepción de la libertad de cultivar una parcela de tierra, que se asocia más a una imagen ancestral y mítica que a una amenaza a los derechos del consumidor.

## ¿TIENE PORVENIR EL SOCIALISMO? REFLEXIONES SOBRE CRISIS Y REGENERACIÓN

AGNES HELLER y FERENC FEHÉR

¿TIENE PORVENIR EL socialismo? Esta pregunta lleva formulándose cerca de dos siglos, cuantas veces el "socialismo", como teoría y como movimiento, ha llegado a un periodo crítico. Poca duda cabe de que el socialismo, como movimiento y como teoría, está atravesando una de sus más duras pruebas. Los cada vez más rotundos reconocimientos, por parte de las burocracias dirigentes de las sociedades de tipo soviético, de que sus esfuerzos, prolongados y —en lo que toca a vidas humanas— onerosos, han fracasado política y económicamente, amenazan con aniquilar la idea socialista, se defina ésta como se quiera.

Los socialistas solían invocar la Historia en grande como su principal testigo. Ahora bien, dicho testigo no es ni justo ni imparcial. Esta vez implica a quienes fueron inocentes de todo crimen: a los socialistas que no fueron responsables del terror o el fiasco económico stalinista —de hecho precisamente a quienes fueron los críticos más decididos de la tiranía y las promesas irreales de una "sociedad planeada". Los *mea culpa* de fervor religioso, con la "lealtad a la causa" a modo de excusa, no bastan ya. Esta vez sí que es precisa una honrada relación de los hechos.

¿Cuáles eran los componentes tradi-

cionales de la teoría y la práctica socialista? El primer elemento, que aparecía en todo proyecto y movimiento socialista, era incluir la cuestión social en la agenda política. Sin excepción, los socialistas consideraban la condición de la clase trabajadora —pobreza, pocas expectativas de vida, explotación, privación de cultura— como fruto histórico de la sociedad capitalista.

En segundo lugar, las teorías y movimientos socialistas siempre invocaban las cargas abrumadoras de trabajo causantes de que toda una clase, una mayoría en la sociedad moderna, quedara encadenada de por vida a tipos agotadores y degradantes de labores. La crítica apasionada de esta "esclavitud emancipada" prometía la "emancipación del trabajo", en alguna forma, en la nueva sociedad proyectada.

En tercer lugar, los socialistas siempre expresaban el sentimiento, sordo pero intenso, de las masas, de que la "racionalidad del mercado" es una engañifa que disimula la irracionalidad última de la vida social cuando esta última es abandonada a las fuerzas de la competencia y a la búsqueda inmoderada del crecimiento industrial. El concepto mismo de una "sociedad planeada" surgió precisamente de este aspecto de la aspiración socialista.

Cuarto, la comunidad: un modo de vida comunitario opuesto al difundido individualismo del mundo industrial era un postulado básico de las creencias socialistas.

Quinto, el legado de las grandes revoluciones políticas: el principio de igualdad política, de igualdad ante la ley, fue extendido a las desigualdades sociales. Las teorías y movimientos socialistas no proponían necesariamente el igualitarismo absoluto como panacea para todo mal social. Con todo, la cuestión ocupaba un sitio principal en su agenda.

En sexto lugar, algún género de internacionalismo, fluctuante entre el interés constante y activo en los asuntos mundiales (actitud que jamás ponía en tela de juicio la legitimidad del estado nación) y experimentos directos con una república mundial (en la forma de Internacionales, "comunidades socialistas" y cosas así), era siempre inseparable de la teoría y la práctica del socialismo. Una adición tardía y final a la agenda socialista —y que nunca rebasó el importante pero estrecho círculo de los intelectuales que sucumbían a la versión más radical de la teoría, el movimiento y el partido socialistas— fue un desencanto romántico con el "prosaísmo" de la sociedad burguesa, acompañado del anhelo de la gran aventura de la revolución.

## UNA OJEADA AL LEGADO SOCIALISTA

Los críticos denuncian que el programa socialista es anticuado, que las sociedades democráticas ya han alcanzado buena parte de lo que había de legítimo en las demandas socialistas, si no es que todo. De modo que los socialistas persiguen metas pasadas de moda y perturban la saludable atmósfera del mundo moderno. Hasta ahora sólo una minoría de críticos está dispuesta a reconocer la validez perdurable de todos los puntos de la agenda socialista; alegan, por lo contrario, que el tratamiento radical de aquello que concuerdan en tener por auténticos males sociales, acarrearía más dolor que curación, o remisión. (Con toda probabilidad, esta clase de crítica dominará en el coro en la situación presente.) Dado que nada hay por ganar discutiendo con los oponentes más hostiles e implacables, convenimos en que algunos críticos tienen lo suyo, pero sólo en la medida en que señalan separadamente los defectos de los pronósticos políticos socialistas. Creemos, sin embargo, que no todas las cuestiones suscitadas por los socialistas son viejas. Los observadores honestos de la sociedad contemporánea difícilmente pueden no hallar que casi todos los ingredientes del ideal socialista siguen siendo pertinentes y válidos. De hecho, en muchos casos son puntos apremiantes, por mucho que el filo de varios haya sido mellado por el benefactorismo y la intervención social democrática. De ser así, ¿qué es pues lo que anda mal con el socialismo?

La imagen es radicalmente diferente si nos enfrentamos a los métodos políticos recomendados por el socialismo. A este respecto el legado socialista es o bien nada inventivo o bien original, pero fatal en ambos casos. La única innovación que el socialismo añadió al arsenal del moderno arte de gobernar, desde mucho antes de que los "socialistas" adquirieran el poder en ningún país, fue la idea de una dictadura revolucionaria. Una vez capturado el poder, esta idea degeneró en terror totalitario. Por añadidura, siempre ha habido un elemento de esterilidad en la imaginación política socialista. Marx, que soñó con la total eliminación de la confrontación política en la sociedad emancipada del futuro, fue sólo el más coherente en su concepto, pero ni mucho menos el úni-

co. Es muy cierto que otro tipo de socialista, el socialdemócrata o socialista democrático, no tardó en reconciliarse con el sistema parlamentario. Tales socialistas contribuyeron considerablemente a la causa de la democracia movilizándolo su grupo de votantes en favor del sufragio universal. Pero su fantasía permaneció estéril. Aceptaban, en cuanto a la cuestión social, las recetas políticas improvisadas de sus enemigos. La democracia se les presentaba como la vía más accesible hacia su propio poder (cuyo carácter político permanecía oscuro), o como idéntica al "gobierno de la mayoría" —y, por supuesto, ellos representaban la mayoría. La única innovación socialista saludable en la esfera política, a saber, la democracia directa tal como se dio en la Comuna de París, en los soviets rusos, en los consejos y comités de la clase trabajadora en la revolución húngara de 1956, nunca tuvo oportunidad histórica de sobrevivir. Cosa más sorprendente, solía ser tratada con mayor escepticismo por los comentaristas socialistas que por quienes no lo eran.

¿Tendremos, entonces, que concluir que no hay nada de errado en la agenda inicial del socialismo, pero que en lo tocante a su imaginación política todo anda mal? ¿Reside aquí la fuente de la crisis del socialismo? El grave aprieto en que se encuentra el socialismo al presente tiene, ay, causas más complejas.

La aridez de la fantasía política socialista, su indiferencia orgánica a la esfera política, en combinación con la vivacidad de su imaginación social, tuvo un resultado fatal. Una sociedad moderna muy compleja, con su organización capitalista de la economía, con su impulso casi incontrolable hacia el crecimiento industrial (en países con economías tanto capitalistas como anticapitalistas) y con su democracia aún en evolución, ha sido reducida a un fantasma llamado "capitalismo", no sólo por los bolcheviques sino prácticamente por todas las variedades de socialismo. Esta imagen unidimensional del mundo moderno generó un deseo casi invencible de crear una sociedad del todo nueva, denominada "socialismo", que habría de ser la absoluta negación de todo lo anteriormente existente, inclusive en socialistas que no eran necesariamente enemigos de todos los aspectos del mundo moderno. (Y los

socialistas que se resistían a esta abstracción metafísica — política sentían a menudo reproches de conciencia y padecían sentimientos de culpabilidad a causa de su "pusilanimidad" filosófica y política.)

En este flamante universo socialista, cada detalle de la vida sociopolítica y cultural debería ser recién inventado; cada vieja costumbre, institución y principio se reemplazaría. El nuevo orden habría de basarse en principios sin precedentes, de perfecta administración económica; de ahí la economía planificada (de hecho, ordenada). Ni siquiera los nombres de los inmemoriales negocios y transacciones comerciales se tolerarían en aquel maravilloso mundo de la planeación hiperracional. El "socialismo" debía generar su dinámica política, concluyendo en el más espectacular intento de cuadratura del círculo: el "centralismo democrático". Iba a desarrollar una nueva cultura, un nuevo tipo de ser humano, una nueva visión del mundo que sobrepasaría a cualquier cosa que hubiera existido. Presenciamos ahora el monstruoso resultado de este universo audazmente proyectado: una abominación moral, política y filosófica. Incluso sin Stalin y los pequeños Stalin, esta invención desembocó en una febril ficción de fantasía religiosa. Iba a trascender el mundo moderno y a crear la negación absoluta de dicho mundo, un genuino paraíso en la tierra, alardeando a la vez de su "ateísmo".

## EL SOCIALISMO BENEFACTOR

Paralelas al intento tiránico, hoy espectacularmente desacreditado, de trascender totalmente el mundo moderno, había varias formas limitadas y diversas de socialismo. La mejor conocida es una versión socialista del estado benefactor. Hallamos particularmente estéril el debate en torno a lo "auténticamente socialista" de su carácter. Más precisamente, todo el debate procedió de la identificación tácita del socialismo con la total trascendencia del mundo moderno aun por parte de quienes se oponían al experimento temerario y terrorista. Sin importar que los estados benefactores fueran creaciones de socialistas o surgieran como resultado de esfuerzos conservadores por excluir el peligro de una revolución bolchevique, la política del benefactorismo abarcaba invariablemen-

te uno o varios puntos de la agenda socialista. La hondura y el radicalismo de las políticas benefactoristas dependía de cuán militantemente las preconizaran los socialistas. A este respecto, más socialismo que el apoyado por sus beneficiarios naturales —el pueblo— sólo puede ser críticamente requerido por el intelectual románticamente desilusionado.

No obstante, dos deficiencias estructurales han caracterizado el benefactorismo socialista. Primero, su socialismo ha sido una fuerza negativa, limitante, que actuaba como impedimento a la dinámica destructiva de un sistema de mercado sin restricción; no era ni es una energía positiva creadora. El socialismo con limitaciones es una idea muy vieja. Ha aparecido con intermitencias, como postulado o práctica, desde la revolución francesa y las revueltas de trabajadores contra la tecnología industrial moderna. El "socialismo como prevención" es necesario en el mundo moderno porque un sistema de mercado sin restricciones, en lugar de crear "armonía", destruye nuestro ambiente natural y social. Pero en algún punto es percibido como una camisa de fuerza para la sociedad y, particularmente, para el individuo. Ésta es precisamente nuestra hipótesis: el "socialismo preventivo" como camisa de fuerza constituyó el principal trasfondo sociopsicológico del thatcherismo, no sólo en la Gran Bretaña sino también en algún país escandinavo y en Israel.

Además, el socialismo benefactorista, si bien opuesto a la idea de trascender el mundo moderno, experimentaba una influencia negativa y peligrosa de su contrincante. Los socialistas benefactoristas, sensibles a los resultados de la audacia filosófica y práctica de los bolcheviques, descartaron todos los géneros de "metafísica socialista" y eligieron orgullosamente un "socialismo prosaico", sin "grandes frases" ni "fanfarrias intelectuales". La vacuidad de la vida cotidiana en los estados y sociedades benefactoristas es, a nuestro juicio, consecuencia directa de esta elección, comprensible pero hondamente problemática.

Lo que se está derrumbando ante nosotros es una forma particular de "socialismo" —que tenía gigantescas ambiciones filosóficas y ninguna conciencia ética—, mas no es el socialismo como tal. Tampoco hay motivo para desalentarse. Sea en buena hora, aun si

esperanzas y aspiraciones honradas van a quedar enterradas pasajeramente en una misma tumba colectiva con los experimentos criminales realizados sobre millones de vidas. Este fiasco parece ser tan definitivo como algo puede serlo en el mundo moderno, donde pensamientos y políticas largamente olvidados retornan inesperadamente. Cuando menos no es probable, en la vida de las generaciones ahora políticamente adultas, que se dé una nueva edición del bolchevismo —al menos sin un desplome cataclísmico de la civilización.

#### ¿QUÉ RESERVA EL PORVENIR?

Pero si los socialistas desean un futuro para su causa, no pueden sencillamente cerrar un capítulo de una larga y tormentosa historia y seguir adelante como si nada hubiese ocurrido. Y esto se aplica asimismo a aquellos que no tuvieron que ver con el escándalo bolchevique, incluso a quienes lo combatieron en el nombre de sus diferentes conceptos del socialismo. La siguiente "revisión de las escrituras", no precisamente de índole marxista, parece ser inevitable —y esto muy por lo menos.

Ante todo, los socialistas deben darse cuenta de que el mundo moderno no tiene un solo "centro", desde donde, capturándolo, el universo social entero pueda ser transformado para mejorar. Con toda probabilidad no es concebible ninguna transformación del mundo moderno a escala total; ninguna, pues, puede ser recomendada honradamente a fin de alcanzar respuestas simultáneas a todas las cuestiones legítimas de la agenda socialista.

En segundo lugar, el socialismo tiene que despertar su paralizada imaginación política. En el llamado Primer Mundo, la democracia como sistema establecido tiene una historia muy breve, de cuarenta años de posguerra. En el Segundo Mundo dará los primeros pasos en el porvenir próximo, con sólo que nuestras esperanzas en cuanto a las transformaciones soviéticas tengan siquiera un mínimo de validez. En el Tercer Mundo la democracia es más la excepción que la regla, y se enfrenta a tremendos obstáculos culturales.

Por lo demás, es un dogma liberal, aunque no la "verdad última", que la democracia ha alcanzado ya su forma definitiva, más allá de la cual no podrá

desarrollarse. Los socialistas pueden desempeñar un papel decisivo de exploradores y descubridores de continentes desconocidos de administración del estado, a condición de que consagren la misma cantidad de energía intelectual que la movilizaba para descubrir "la cuestión social". Aun si los socialistas rechazan resueltamente la "religión atea" de un paraíso terrenal, les falta advertir que ningún punto social puede ser permanentemente resuelto sin "metafísica", esto es, sin una dimensión cultural y ética y sin cambios a fondo, o eventualmente una revolución, en nuestros modos de vida establecidos.

Un punto doloroso, que los socialistas prefieren cubrir de silencio o indignación farisaica, es el "socialismo de la turba". Es una porción inmenurable de nuestra herencia, como un sucio escándalo en el pasado de una familia. Y sin embargo los socialistas no hacen más tolerable sino su propia vida cuando descartan, como vulgar fraude o "simple plagio", la veta socialista de Mussolini, de la República de Saló, de la Guardia de Hierro rumana o el movimiento húngaro de la Cruz de Flechas. Para dolor suyo, no pueden ni poner en duda el carácter socialista de los Guardias Rojos de Mao, copia exacta de los fascistas europeos. Con todo, éste resulta un género muy caro de hipocresía de familia, y que se pierde lecciones decisivas de la historia. La primera lección es que el "socialismo de la turba" tiene una causa: el poder de las oligarquías ("capitalistas" o "socialistas") y la frustración social que éstas generan. Donde hay oligarquía y, por añadidura, donde la tradición democrática es débil o inexistente, el socialismo de la turba —terrible azote del mundo moderno— siempre acecha cerca.

La segunda lección indispensable es que los socialistas, en la medida en que aceptan como primario el principio de libertad que sustenta al mundo moderno, no tienen por qué rendir pleitesía a ningún movimiento por el hecho de que se denomine a sí mismo socialista. Al contrario. Es preciso que los socialistas aprendan que la secularización del socialismo es una faena que ha sido demasiado aplazada. Ningún halo de santidad rodea a la palabra "socialismo". Al igual que cualquier otra palabra de la política moderna, también el "socialismo" pue-

de ser explotado para los propósitos más infernales.

¿Qué género de predicciones responsables pueden hacerse a estas alturas en cuanto al futuro del socialismo? A corto plazo, la fortuna de los socialistas no puede sino deteriorarse. El desencanto en masa con el "socialismo preventivo" continuará con toda probabilidad. Incluso el thatcherismo pudiera ganar adeptos entre las fuerzas políticas que empiezan a surgir en la Europa oriental. Las auténticas dimensiones y profundidad del desplome del bolchevismo han sido apreciadas hasta ahora por los observadores occidentales políticamente perspicaces. Si el "estado sucesor" del stalinismo sencillamente se aparta de sus obligaciones sociales, si los apparachniki comunistas chapucean con la práctica o parodia del gobierno mínimo, si suprimen todos los mecanismos benefactores y generan un nivel sin precedentes de desempleo, abandonando los controles económicos, hasta aquella parte del mundo dará la espalda con asco al nombre de socialismo.

Con todo, a despecho del actual auge de "revolución" (o contrarrevolución) thatcherista - populista - conservadora, parece inconcebible que el socialismo benefactor democrático deba ser enterrado para siempre. Experimentará su natural resurrección en la medida en que

la gente adquiera experiencia propia de la inseguridad existencial del "capitalismo popular" de Thatcher y su estado crecientemente autoritario. Cuanto vaya a prolongarse esta resurrección, es otro asunto. La longevidad, la extensión y el enriquecimiento interno del socialismo benefactor dependen en parte de su capacidad para crear una "segunda dimensión", un trasfondo cultural - ético para sus reformas sociales.

#### OTROS MOVIMIENTOS

Los movimientos rebeldes son los que tienen mayor probabilidad de crecer y difundirse, cualquiera que sea la atmósfera política en el nivel parlamentario. Pero ¿son socialistas?, ¿añaden algo al vigor del socialismo, a la agenda socialista? Varios movimientos influyentes de la última década se abstuvieron de definirse como socialistas. De esto es posible, en parte, dar razón por el hecho de que sus objetivos caían realmente más allá de cualquier sistema social; más precisamente, apelaban a los intereses comunes de toda nación, todo grupo social, todo actor. (Los ejemplos más claros son los movimientos antinuclear y ambientalista.)

Pero ¿qué pasa con el feminismo, esa fundamental revolución global después de la segunda guerra mundial? La renuncia de sus contingentes considerables,

de su mayoría quizá, a caracterizarse como socialistas ¿será sencillamente una crítica encubierta de la agenda socialista y del desdén histórico de los socialistas hacia esta decisiva cuestión?, ¿o indicará el surgimiento de nuevos fenómenos auténticamente radicales pero que ya no hallan acomodo dentro del viejo marco teórico del socialismo? No hay respuesta filosófica ya preparada a esta pregunta. Vivimos en una era de explosión de la fantasía política. Algunos nuevos productos de este explosivo período pueden ser integrados a la agenda socialista y lo serán. Algunos otros llegarán más allá o actuarán paralelamente a ella. Y el socialismo tiene que encontrar una manera de coexistir amistosamente con ellos.

Por encima de todo, la presente crisis ofrece una oportunidad única para la autoeducación de los socialistas. En toda la historia de esta teoría y movimiento, ha constituido un rasgo recurrente el desafío de los socialistas a un mundo que se mostraba reacio a aceptar sus prescripciones políticas o filosóficas. Evidentemente ha llegado el momento de entender de una vez por todas una sencilla verdad: es el socialismo el que existe para el mundo, y no el mundo para el socialismo.

Traducción de Juan Almela  
© Dissent

## DÍAS CALLADOS EN CLICHÉ

GUILLERMO CABRERA INFANTE

NO SÓLO PERIODISTAS sino escritores célebres o celebrados gustan de pasar sus vacaciones (es decir, todos los días) en un balneario que yo me sé. ¡Cliché! Estoy acostumbrado a molestar estas siestas pero me doy cuenta de que quien duerme una siesta, dormirá ciento —para soñar con clichés al sol.

Ya en el invierno de mi descontento de 1980 di una charla en Montclair College, New Jersey, EUA, para repudiar un cliché demasiado frecuente. Es ese que proclama "América Latina" y ya comienza a heredar como si dijera América

*Latina*. En esa ocasión tuve que llamarla América Latosa y acepté el adjetivo hispánico sin pánico.

La etiqueta de América Latina se propuso a los clientes primero en el siglo pasado y no en Estados Unidos como se piensa —si es que se piensa. Es curioso que este continente de tan diferentes países lleve un nombre como si fuera un solo país. En la unión estará la fuerza pero en la reunión no veo más que confusión. ¿Qué tiene que ver Cuba con México? Uno es un país de negros y pocos blancos y el otro es país casi todo

de indios. En Cuba un mexicano era más extranjero que un español y un panameño era un sombrero. ¿Qué tiene Argentina en común con Brasil? Sólo un salto. Pero Paraguay no es la parodia de Uruguay. Sobresalto. ¿Es Chile parecido al Perú? Para nada. Estas naciones tienen fronteras comunes pero conocí a un policía de frontera venezolano capaz de separar lo que él creía la ganga colombiana del oro de otros pasajeros que también venían de Bogotá. Cuando le pregunté cómo realizaba esta operación sin auxilio del pasaporte, me dio una respuesta

digna de un perro policía que husmea explosivos: "Yo a los colombianos", me explicó, "me los huelo". Esto ocurrió en 1980, mucho antes de que los colombianos olieran y dejaran oler la coca.

Hay también en Sudamérica un enorme país del tamaño casi del continente. Es Brasil, que no tiene nada que ver con sus vecinos contiguos. Aquí la teoría de la lengua como cordón umbilical aborta: no hay un brasileño del pueblo que entienda español. De Sao Paulo a Bahía (lo sé porque he estado allí hace poco) la *lingua franca* es el inglés. El latín es una lengua muerta, pero en Brasil el español es una lengua inútil, cuando no da lugar a relaciones peligrosas. La cachasa es un aguardiente de caña, como en Cuba, pero nunca como en Cuba la mejor cachasa se llama *Pinga*. Sucede que con las mismas letras y la misma pronunciación *pinga* es en Cuba el nombre popular del pene. Mi sorpresa se hizo regocijo cuando, al bajar del avión en Río, me enfrenté con un enorme cartelón que prometía ambiguo pero contundente:

A PINGA FAS PRAZER DOS OMES!

Volviendo del lema al tema, fueron los franceses quienes sofieron un destino retrógrado para América del Sur y concibieron que debía llamarse latina. No importa que nadie hablara latín al sur del Río Grande. Tampoco lo hablaban al norte del Río Grande. Curiosamente el *Quartier Latin* de París se llamó antes *Pays Latin*. ¿Por qué el membrete corrido y socorrido? No había un solo territorio sudamericano que se llamara el Lacio y París, no Roma, es a donde los escritores sudamericanos van a morir. Nadie se preocupaba allí en conjugar el verbo amar más que con sus amantes y los dictadores por venir no tenían que cruzar el Rubicón: vivían cerca de Palacio. Además, para mayor confusión, la única república americana en que se hablaba francés no quedaba en América del Sur sino en el Caribe. Pero Haití era más africana que francesa. Entonces ¿por qué el *soubriquet*? Nadie lo sabe. O por lo menos nadie lo sabía entonces.

Era el tercer orador. Los otros dos oradores, uruguayos ambos, ambos críticos, difuntos ahora ambos, eran Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal. Eran Settembrini y Naphta pero en español. Se odiaban a muerte en vida y supongo

que seguirán odiándose más allá de la muerte. A no ser que uno haya ido a dar al infierno y el otro esté en el cielo de los creyentes. Ahora al bajar del podio y salir del hall dejé a Emir improvisando su charla en inglés. Se sabía su tema (el Boom y quien lo perpetró) como nadie porque él lo había visto formarse en París y fue él quien le dio nombre. Pero Emir no dominaba el inglés como dominaba el tema. Podía haber hablado en español, pero no lo hizo porque Rama no hablaba una palabra de inglés y Emir quería que Rama no entendiera lo que iba a decir. El resultado fue que Emir se preocupó demasiado por improvisar en inglés y su improvisación fue un meandro de frases hechas que van a dar a la mar de los clichés. Rama, por su parte, pendía y dependía de un árbol que no era de la sabiduría sino del lugar común. Fue un mano a mano de una sola mano. Tal como si Belmonte hablara de toreros y se olvidara de mencionar al toro. Como sólo Dios lo sabe, no hay peor odio que el del ángel caído y aquí había dos ángeles en picada.

Cuando salí al patio, después de hablar de mi tema favorito esa mañana (que era negar que América Latina existiera), Rama me esperaba sentado en un

duro banco al frío de marzo en el norte (más más tarde sobre este tema) para decirme: "Debiste decir que los Estados Unidos se hicieron Estados Unidos de América en 1882". Yo había hablado de ese momento audaz en que el Congreso americano decidió que sólo los Estados Unidos merecían ser América y pidió prestada la etiqueta francesa para nombrar a continente y medio: lo que José Martí llamó no sin acierto "Nuestra América". Pero *toda* América ya había sido la apropiación de un continente por un italiano anónimo que se hizo así epónimo. Se habla del rapto de Europa pero nunca se habla del robo de América. No creí, nunca creí, que el imperio estuviera a la defensiva entonces porque el imperio siempre ataca.

Rama, que era un huésped de los americanos y, como muchos escritores hispanos que viven en Estados Unidos, conocía como nadie el arte de morder la mano que te alimenta, me dijo: "Debes decir que Estados Unidos se ha robado a América". Lo que no era verdad: Amerigo Vespucci fue quien se robó a América. Pero era un cliché poderoso. Rama, como crítico, era el cliché que no cesa. Por supuesto que no dije nada de lo que me dijo, sino que me dediqué



desde entonces a demostrar, o por lo menos a mostrar, que América Latina no existe, que su L es la de limbo. Lo demás desatina.

Curiosamente Rama está en el otro limbo ahora, ese que queda al sur del infierno en invierno. Murió víctima de un cliché. Volaba de París a Bogotá en una misión cultural, cuando el avión en que iba se dispuso a hacer una parada técnica en Madrid y el piloto cometió tres errores fatales. El primero fue bajar a destiempo. El segundo fue no oír (o tal vez oír mal) la advertencia del piloto automático que decía en inglés: "Danger! Danger! Lift up! Lift up now!" El tercer y decisivo cliché ocurrió cuando el piloto colombiano le respondió al piloto automático: "Calláte gringo!" Ese fue su epitafio: el avión se estrelló segundos más tarde. Rama, que no sabía inglés, como quería Monegal no se enteró de nada.

Esta es una muestra de que hablar diferentes idiomas confunde, pero hablar siempre el mismo idioma mata.

Hablar de norte y sur no es siquiera un cliché geográfico: es un imperativo paregórico, elixir que cura el mal de estómago que crea. Una vez un aprendiz de brujo dijo: "La historia me absolverá" y un aprendiz de imprenta replicó: "La historia te absolverá pero la geografía te condena". Algo similar, pero al revés, ocurre con el dúo norte y sur. José Martí fue uno de los primeros en explorar el lado norte, mucho antes que el Almirante Byrd, con esta frase: "He vivido en el monstruo y conozco sus entrañas". Hay quienes pensaban que Martí, un poeta, hablaba en metáfora. Pero en el mismo párrafo Martí especifica: es "el norte revuelto y brutal que nos desprecia". Esta es la primera referencia geográfica al norte que quiere ser histórica. En América el norte, antes de Martí, era un punto astronómico, una referencia de orientación en la brújula y a veces un lugar geográfico en que hay noches blancas y amanecen auroras boreales. En literatura lo habitan Dostoiévsky y Tolstói y es un fenómeno ruso. Es también el sitio de donde parte cada fin de año un trineo tirado por renos nevados que pertenecen a Kris Kringle. Es este un señor gordo y con barbas y siempre vestido de rojo conocido por el seudónimo de Santa Claus. Al revés de Santiago, es un santo en que sólo creen los niños y las chimeneas.

En esta zona mítica habita también otro señor gordo pero sin barbas que lleva piel de oso. Se llama W.C. Fields y apenas puede dejar su cabaña de troncos para ir, excusado, al wc por culpa del mal tiempo eterno. Declama W.C. Fields en *El vaso de cerveza fatal* cada vez que trata de abrir la puerta y recibe un duro golpe de nieve que no abollará el tópic: "¡No está el día para hombres ni para bestias!" Cuando ha vencido al clima (es decir la geografía) pero no al tiempo (la historia) anuncia a su paciente y muda esposa: "Dear, I'm going out to milk the elk". La frase feliz ("Querida, salgo a ordeñar el elk"), sólo posible en inglés, muestra que los idiomas son una mayor barrera que las fronteras y el norte no es una invención política sino poética.

¿Dónde queda realmente ese norte que parece dominar al sur? Ciertamente Cataluña queda al norte de Murcia pero al sur de Francia. Galicia queda al norte de Castilla mientras Castilla queda al norte de Andalucía, donde en la Edad Media reinaba un esplendor árabe de albornoques y de harenas y de fuentes floridas. Al norte quedaban los bárbaros con barba que no se bañaban nunca.

Los árabes eran el sur y lo son todavía, pero en Inglaterra ser sur no significa ser zurdos sino ser capaz de comprar Harrods, que es como si un jeque comprara no sólo el Parque Güell sino también la Sagrada Familia. ¡Oh tiempo, oh tiempos! Hay que recordar que en la Edad Media los moros intentaron tomar Poitiers pero fue más difícil que comprar Harrods. Fueron los turcos del sur los que conquistaron el este de Europa hasta Viena, donde todavía toman el abominable café turco y donde en un café un viejo vienés tocaba el "Rondó a la turca" y hacía bailar un mono de Zimbabue, país que queda al norte de Sudáfrica. En esta parte del mundo no sólo la historia discrimina. También la geografía. Mark Twain, que escribió fingiendo que daba la vuelta al globo, "Ayer cruzamos la línea del ecuador. Mary tomó fotos", pudo también escribir: "No me hablen de negros ni de blancos. Háblenme del hombre. No puede haber nada peor". Twain visitó Australia cuando apenas había dejado de ser una colonia penal inglesa. Hoy es uno de los países más ricos y civilizados del mundo y no puede haber país más al sur. Pero en el

sur de Australia viven los aborígenes. Esa raza es el pecado aboriginal de Australia.

De nuevo en América, que una canción cubana llamó "América inmortal", cuando nada es inmortal pero casi todo puede ser inmortal. Allí está México al sur de los Estados Unidos. ¡México, pobre México! ¡Tan lejos de Dios y tan cerca de sus presidentes! Los Estados Unidos, donde el búfalo pasó de la pradera a las monedas, está al norte de Canadá y al norte de Canadá no queda nada —excepto para aquellos que creen que el polo es un deporte. Al sur de México está la América central, una de las zonas menos centrales del mundo, mientras al sur de América del Sur está Chile, país para mí inhabitable. Pero Perú, al norte de Chile, es más inhabitable que Chile. Sé que con esta declaración acabo de perder unos cuantos amigos chilenos, pero como son todos escritores, quiero creer que crearán en el borrón y cuento nuevo. El país más interesante de América del Sur es sin duda Argentina, es también el más habitable, aunque se debate siempre entre la Patagonia y la agonia para bailar el tango. No hay danza que exprese mejor la lucha entre el machismo de sus hombres y el matriarcado de sus mujeres. ¿O es al revés?

Es bueno terminar diciendo que el norte es un invento del sur. Bóreas es un dios griego que representa al viento norte, que los venecianos, siguiendo a los latinos y no a los griegos, llaman ahora *bora*. Cuando el viento del norte mece las olas y las *gonólas*, los venecianos dicen, como si estuvieran en los mares del Sur y no en el Adriático, "Bora, bora!"

Los diplomáticos franceses del siglo pasado inventaron la América Latina. De Gaulle, más ambicioso, creó el Tercer Mundo, que parece una mala traducción de un cuento de Borges titulado "Tlón, Uqbar, Orbis Tertius". Es la literatura la culpable de la confusión de la nomenclatura. Nació en el sur y vivo en el norte y para mí la rosa de los vientos es una flor fétida. Lo demás es etiqueta, que en español, como se sabe, no quiere decir etiqueta. Los idiomas son versos y anversos comunicantes.

Una frase de *Hamlet*, cuando se sabe loco, es "Al norte por el noroeste". Es también el título de una película que muchos querrán ver traducido al español como "Con el norte en los talones". Era, ya se sabe, hecha en Hollywood, que

queda al sur. Allí un célebre cineasta, harto de tanto argumento trillado, exclamó: "¡Estoy que vomito todos esos clichés viejos! ¡Lo que hace falta ahora

son nuevos clichés!"

Creo que con un poco de esfuerzo lograremos este propósito que parece un despropósito.

(Leído como monólogo en el "Diversidad Cultural en el Diálogo Norte - Sur" en el simposio de difusión de la cultura catalana.)

CARTA DE MADRID

## EUROPA A LA VISTA

BLAS MATAMORO

**E**SPaña TERMINÓ SU presidencia semestral de la Comunidad Europea poco después de las elecciones al Parlamento Europeo que condicionaron los próximos cinco años de debates y resoluciones. Algunos quieren creer que de este Parlamento surgirá el primer intento de una Constitución política para todo el continente integrado y, de modo implícito, una oferta de asociación a los países que no pertenecen a la CEE.

El siglo XXI será el de un reacomodamiento de los centros mundiales de poder. Se está viendo el fin de la política de bloques y una zona de confusión y de difícil distinción entre economía de mercado y economía estatizada. La opción capitalismo/comunismo acaba de esfumarse y la solución de conflictos armados por la negociación sustituye a los enfrentamientos de otras décadas. En el 2000 tendremos Estados Unidos y URSS, pero también Japón y Europa. Agregar-se a este mercado con 340 millones de habitantes y uno de los niveles de desarrollo tecnológico más altos del mundo empieza a resultar atractivo. No sólo para los países de la EFTA (zona de libre comercio) que están fuera de CEE (ejemplo notorio: Noruega), sino para naciones fronterizas, como la neutral Austria y aun países del Este en vías de desarrollo y democratización. Hungría acaba de pedir su ingreso en el Consejo de Europa.

Los resultados de las elecciones europeas autorizan a pensar que el proceso de integración se irá acelerando. Ante todo, por la baja experimentada en Inglaterra entre los electores de Margaret Thatcher, la más firme oponente a la unidad europea en materia monetaria y de legislación social, a la vez que escéptica con respecto a un desarme paulatino y negociado con el Pacto de Varsovia,

en cuanto a misiles de corto alcance y tropas convencionales. Los laboristas británicos han aumentado sensiblemente sus votos y matizado sus posiciones respecto a Europa, renunciando a su audaz teoría del desarme unilateral y sumando sus voces al ahora mayoritario bloque socialdemócrata de Estrasburgo.

En cualquier caso, el momento es crucial para la unidad de Europa, y España ha aportado un par de actitudes importantes en ese sentido: el triunfo del PSOE en las elecciones europeas, donde ha mantenido al alza casi un 40% de los votos, que refuerza al más europeísta de los partidos españoles; y el ingreso de la peseta en el sistema monetario europeo, hecho que forzará a hacerlo a la libra esterlina, con lo cual Europa contará, de hecho, con un régimen dinerario inmediatamente anterior a la creación del *ecu* como moneda real y la fundación de un Banco Central para el continente.

Crucial es también el momento porque se ve arropado por tres circunstancias paralelas y que conviene razonar en conjunto: una clara mayoría de izquierdas en el Parlamento Europeo, en que caben los socialistas, los ecologistas y los comunistas, liderados éstos por la posición socialdemócrata de hecho, del PC italiano; un cierto auge de la extrema derecha, de nostalgias fascistas y plenamente antieuropea; y, por fin, un alto grado de abstención, que media el 50% del censo y va desde la participativa Italia a la indiferente Gran Bretaña.

La mayoría de izquierdas replantea los fundamentos de la unidad europea. En efecto, ésta ha comenzado por ser una comunidad de industrias básicas, creada ante el hecho de que la economía se estaba multinacionalizando y era imperioso dar una respuesta al nuevo orden de cosas. Las empresas y sus organiza-

ciones han tomado la delantera y las fuerzas políticas y sociales han quedado rezagadas. Es hora de que los partidos y los sindicatos comprendan que no existirá en la Europa unida sino quien tenga dimensiones transnacionales. El desarrollo del capitalismo, según anunció Marx hace más de un siglo, ha llevado al internacionalismo, viejo ideal de las izquierdas europeas. Quiérase o no, la CEE es el primer intento histórico de comunidad internacional no forjada por los imperios, y el tribunal de Luxemburgo es el primero con fuerza ejecutiva de carácter supranacional.

Pero las cosas cambian más rápidamente en las relaciones entre los hombres que en la cabeza de los hombres. Por ello se observa un cierto rebrote de la ultraderecha nacionalista y xenófoba, sobre todo en Francia y Alemania, fenómeno que, en España, se corresponde con la curiosa y esperpéntica figura de José María Ruiz Mateos, de quien me ocupé en una carta anterior.

La Europa de las naciones habrá de desaparecer, dando lugar a un Estado de alcances más que nacionales. Los mininacionalismos se hacen cargo del hecho y toman las armas, como puede verse en los casos irlandés y vasco. De otra parte, los sectores de la sociedad que añoran un mundo jerárquico y corporativo (la España del franquismo, por ejemplo) advierten que la Europa unida es el fin de sus ambiciones. Ruiz Mateos, con su antieuropeísmo, su antidemocratismo y sus chulerías ante el fisco y los tribunales de justicia, representa ese fondo irreductible de desintegración que se revuelve cada vez que la organización de la sociedad se expande. El miedo a la serpiente Leviatán hace que alguna gente se refugie en su aldea, a la sombra protectora del campanario.

La derecha española hizo un deslucido papel en estas elecciones, retrocediendo de manera notable ante un PSOE que conservó sus números, a pesar de la campaña en contra de todo el resto de las fuerzas políticas y sindicales de España. Esta derecha no sabe, por fin, si quiere o no la integración en Europa. No acaba de aclararse si prefiere una dirigencia razonable y formal como la de Marcelino Oreja o un caudillo señorial y desafiante como el chulesco Ruiz Mateos. Por contra, los socialistas tienen muy claro lo que quieren respecto a Europa y respecto a la situación de una Europa unida en el mundo del inmediato futuro.

Hay, sin embargo, el tema de la abstención. Cuando Europa alcanza estabilidad y bienestar (resultado: el giro a la izquierda) la mitad de los europeos se encoge de hombros ante "sus" elecciones. Y, curiosamente, es el Sur el que más vota, acaso porque las campañas electorales eran ya veraniegas y la gente mediterránea es amiga de verbenas y de fiestas callejeras, animadas, en el caso, por los escandaletes amorosos y financieros de Andreas Papandreu en Grecia.

¿Qué dice el que se abstiene? ¿Que la sociedad no es mi asunto y me declaro individualista y posmoderno? ¿Que me da igual la izquierda que la derecha, la legitimación fuerte o débil del gobierno? ¿Que Europa me trae al fresco y lo mío es la vida de mi familia y mi empresa o mi empleo? ¿Que repudio este tinglado electoral, obra de unos políticos gárrulos y corrompidos?

A los politólogos y sociólogos la res-

puesta. Lo que se ve desde fuera es que lo internacional no entusiasma. Es una elaboración de la inteligencia, un proceso de modificación de la vida social que lleva siglos. Los hombres nos entusiasman por cosas inmediatas. El nacionalismo, generalmente barrial o cantonal, sí entusiasma. El fervor futbolístico, ligado a estas emociones, puede llevar al crimen. Y otro tanto con el terrorismo micronacional. La gente se enfiebrece por Bretaña o Córcega, pero no por Europa.

Tal vez sea mejor así. Cuando los europeos se entusiasmaron por ideas arrolladoras, vinieron las cruzadas, las guerras de religión, las guerras mundiales, Hitler y Stalin, Napoleón y Mussolini. Es preferible pensar que cierta dosis importante de indiferencia es necesaria para organizar a cientos de millones de individuos en una empresa común y complicada.

Recuerdo ahora el último 15 de junio, día de las elecciones europeas en España. Lo recuerdo porque ese día recordé, asimismo, que doce años antes, los españoles ratificaron en referendo la Reforma Política que abrió el proceso de la transición a la democracia. Delante de mí, doña Maruja llevaba de la mano a don Pepe y exhibía, ella, los dos carnés de identidad y los dos sobres con las papeletas electorales. El imperialismo de las Marujas es eterno en España, pensé. Enseguida, me remonté al 15 de junio de 1977 y entendí que no, que ahora estábamos viviendo un espacio de otra medida y otra calidad.

A esa hora, votaban otros europeos en

Copenhague, en Dublín, en Londres. Pero no sólo eso: en Alemania, Gorbachev se reunía con empresarios y dirigentes políticos de la derecha, pidiendo financiamiento para su perestroika. En Budapest se aprestaba el desagravio a Imre Nagy y los fusilados de 1956 y 1958. En Polonia, la oposición se disponía a ganar enfáticamente una segunda elección. Europa se estaba moviendo, toda al mismo tiempo, lenta y delicadamente, hacia su unidad irrefrenable.

A esa misma hora, se preparaban en China condenas a muerte para los dirigentes estudiantiles que habían salido a la calle cantando la *Internacional* y la *Novena Sinfonía* de Beethoven, himno de la Comunidad Europea. Muchos hombres se mataban en Líbano, Sudán, El Salvador o el Sáhara. Miles de niños africanos agonizaban de hambre.

Me sentí un privilegiado, por el simple hecho de esperar a que doña Maruja terminase de echar sus papeletas en la urna electoral. ¿Sabía doña Maruja que compartía sus privilegios con los míos?

Por esta vez, mis privilegios no me dieron vergüenza ni culpa. Pensé, con candor, que en las próximas elecciones generales al Parlamento Universal los sudaneses, libaneses, marroquíes, salvadoreños, habían dejado sus armas hace mucho tiempo y para siempre. Aburridos de la política, la mitad de ellos estaba tomando el sol junto al mar o en las orillas de una piscina. Aburridos y pacíficos, sin heroísmo ni holgazanería, situados en una historia de curso largo y lento, que, por fin, había coronado la cabeza de los hombres.

CARTA DE NUEVA YORK

## LA FATALIDAD EN LA ERA DE LA REPRODUCCIÓN MECÁNICA

ELIOT WEINBERGER

20 de julio de 1989

SI LOS Estados Unidos simbolizan en los ochentas a la humanidad entera... (Bueno, hay una noble tradición que extrae verdades universales de la observación de sociedades excéntricas: la Viena burguesa *fin de siècle*, digamos,

o las Islas Trobriand en los veintes...) Empecemos de nuevo: Si los Estados Unidos simbolizan en los ochentas a la humanidad entera, entonces el impulso humano esencial no es —contra lo que decían Freud y Malinowski— ni el sexo ni la satisfacción del hambre. Es la búsqueda de la perfección física.

Esas hordas de hombres y mujeres que gesticulan trotando sin parar alrededor de parques y monumentos —o bajo techo, saltando enloquecidamente al son de música disco o atados como Chaplin a alguna máquina aterradora—, pudiera parecer que sufren. (Un paseante afgano los confundiría con esclavos condena-

dos a algún trabajo inexplicable.) Pero en realidad participan del sueño democrático: la belleza puede tocarle sólo a unos cuantos, pero un cuerpo bien desarrollado está al alcance de todos. Más todavía: aquí, conforme a las visiones de Jefferson y Paine, cada hombre es su propio entrenador.

Pero las nubes se han acumulado sobre lo que era, en pocas palabras, un paraíso whitmaniano de posibles Adonis y Dianas, tostados por el patriótico sol del reaganismo; se ha caído en la cuenta de que hay obstáculos al bienestar físico más formidables que el torpor y la glotonería propios. Cientos de cosas que parecían inocuas han resultado de pronto secretos destructores de nuestra salud. Esta invasión de monstruos se ha vuelto el tema favorito de conversación, y todos los días abrimos los periódicos para enterarnos de qué nuevo producto ha cobrado malévolos poderes. Dedicados a conseguir y conservar el cuerpo perfecto, estamos obsesionados con los agentes invisibles de la mortalidad. Como esos evangelistas que elevan sus ojos al cielo pero no pueden dejar de hablar del infierno, somos apóstoles de la salud y peritos de la fatalidad.

Es, quiero añadir rápidamente, un nuevo tipo de fatalidad. Quienes nacimos en la clase media blanca americana en los años siguientes a Hiroshima escapamos a las barbaridades del siglo pero hemos vivido bajo una sombra menos inmediata, aunque más ominosa, que las malvadas maquinaciones de los distintos estados: la posibilidad (quizá la inevitabilidad) del fin de todo, un apocalipsis al que designamos sencillamente como La Bomba. Niños en los cincuentas, hablábamos sin cesar de "¿qué harías si?"; teníamos pesadillas recurrentes; en los suburbios, jugábamos en los "refugios antinucleares" de los vecinos; en la escuela tuvimos (es increíble) simulacros regulares para el caso de un ataque nuclear, cada niño agachado bajo su pupitre, las manos enlazadas detrás del cuello, esperando hasta que sonaba la señal de que no había peligro. Crecimos creyendo, y todavía creemos, que el futuro perfecto sería siempre condicional —una condición que nada tenía que ver con el destino particular de uno mismo.

Pero en el interior de esta inimaginable y continuamente imaginada fatalidad de los cincuentas había un terror igualmente invisible, aunque más humano:

que la violencia manifiesta del Estado se había vuelto subterránea y estaba haciendo movimientos estratégicos desconocidos mientras esperaba el momento de su resurgimiento. Esta fatalidad tenía cien manos, que pertenecían a un monomaniaco grupo monolítico de conspiradores: los Rojos. Como los forasteros espaciales de las películas contemporáneas, estos eran aparentemente gente común y corriente con planes secretos de conquista, y se nos dijo que se habían infiltrado en cada aspecto de la vida de Norteamérica, incluso en el mismo Hollywood que nos advertía contra los marcianos que implantaban dispositivos de control en nuestros cerebros y las vainas gigantes que suplantaban a nuestros vecinos.

Ya en los sesentas era obvio que esta fatalidad emanada de los Rojos era —por lo menos en los Estados Unidos— enteramente imaginaria. La mayoría de los miembros del Partido Comunista de los Estados Unidos resultaron ser agentes encubiertos del FBI, y el magro resto era, para decirlo con delicadeza, difícilmente capaz de instituir la colectivización y las rondas compulsivas de vodka. Pero el arquetipo de la fatalidad como emanación del otro organizado fue heredado por los Niños de la Bomba, que, niños al fin, lo invirtieron. Los malévolos conspiradores ya no eran los izquierdistas extranjeros y sus secuaces locales, sino agentes de la CIA y el Pentágono y las corporaciones multinacionales, rubios de corte cepillo y sus aliados entre los cubanos exiliados y los mafiosos y los suprematistas blancos: los perpetuadores de la Guerra de Vietnam, los subvertidores del movimiento estudiantil, los asesinos de los Kennedy y Martin Luther King y Malcom X y los diversos testigos de sus maquinaciones. Hubo incontables películas de golpes militares y levantamientos derechistas; en otras, el héroe era usualmente asesinado por un acto de violencia desmedida.

Luego de pocos años, las denostadas opciones de consumo de la llamada "contracultura" (cabello largo, pantalones vaqueros, rock pesado, drogas, sexo) fueron universalmente aceptadas y, lo que es más sorprendente, sus sueños más paranoicos fueron reivindicados. Los escándalos de Watergate y la CIA revelaron que las cosas eran por lo menos tan malas, si no peores, como habían sido retratadas en los periódicos margi-

nales de Haight - Ashbury y el East Village. (Ni siquiera Ken Kesey hubiera podido imaginar que la CIA planearía alguna vez mandar cigarrillos explosivos a Fidel, o poner en sus botas un polvo que haría caer su barba —esta última una venganza particularmente medieval.) Los otros malos organizados fueron, por el momento, neutralizados por la luz del sol. Hasta los extraterrestres se volvieron mensajeros de la paz y el amor cósmico: E.T.; esos maniqués de ojos saliosos que tocan Kodaly y le hacen guiños a Truffaut en *Encuentros cercanos del tercer tipo*, R2D2 y el Wooky; la fuerza que hizo contacto con Shirley Maclaine en Perú (¿dónde si no?).

Más que los sesentas —una fiesta de disfraces a la que demasiados invitados llegaron vestidos como el Siniestro Destripador—, los setentas y los primeros ochentas fueron la época en que los opiáceos del pueblo alcanzaron una asombrosa variedad: sexo, cocaína, Reagan, películas de efectos especiales, cristianismo renacido, gastronomía, astrología, ejercicio... Pero por grande que fuera, la trivialidad (o, más exactamente, las canciones con guitarra eléctrica) nunca pudo salvar a Roma del incendio, y las pesadillas infantiles de la fatalidad planetaria volvieron una vez más, esta vez en mil encarnaciones.

La guerra nuclear volvió a ser un tema recurrente, espoleado por el éxito de *The fate of the Earth* de Jonathan Schell y la caída en la cuenta de que ciertas naciones del Tercer Mundo —es decir, irregulares e impredecibles— estaban prestas a desarrollar su capacidad nuclear. La revelación de que el accidente nuclear en la Isla Tres Millas fue sólo uno entre decenas de miles de incidentes similares en todo el mundo, un miedo que se hizo concreto en Chernobyl. (Y, luego de Bhopal, un terror idéntico a las plantas químicas.) Lluvia ácida; la deforestación del Amazonas; el enloquecido crecimiento de la población; derramamiento de petróleo y basura médica (incluidos jeringas y partes del cuerpo humano) lavándose en las playas; la destrucción del ozono en la estratosfera y la sobreconcentración de ozono en la atmósfera; especies que se vuelven extintas cada día; la extensión del Sahara hacia el sur y las consecuentes hambrunas —las manifestaciones de la fatalidad parecían, y siguen pareciendo, infinitas.

Siguen siendo fatalidades cósmicas,

más inminentes quizá que la muerte del sol o el colapso del universo en expansión, pero tan masivas e inabarcables como han sido siempre las fatalidades; son versiones ecológicas del Juicio Final o el fin de un ciclo azteca. Lo nuevo, en los últimos años, son las pequeñas fatalidades. De pronto los objetos de todos los días, esas cosas en las que apenas si pensamos, se han vuelto fuentes de poder ominoso. Hemos descubierto que, como dijo Heráclito, estamos separados de lo que nos es más familiar. La válvula atomizadora de aerosol, desodorante de millones de axilas, es destructora de la estratosfera. Un sólo filamento de asbesto da cáncer. Las terminales de vídeo, ante las cuales las nuevas masas se sientan todos los días, causan miles de abortos. Los incontables artículos del último capitalismo —tostadoras, secadoras de pelo, rasuradoras eléctricas, licuadoras— emiten pulsaciones electromagnéticas que destruyen las células. Hasta la manzana —ese símbolo *par excellence* de la salud norteamericana— es rociada con una hormona llamada alar, de modo que todas esas manzanas rosadas maduren al mismo tiempo y dejen defectos de nacimiento y cáncer en los niños. Pero quizá lo más terrible de todo es la noticia que apareció en la primera plana del *New York Times* y nunca volvió a verse: que el papel —todo el papel: pañuelos desechables y servilletas y papel de baño, la hoja en la que esto fue escrito y las de la revista en que se lee— es tratado con y contiene dioxina, quizá el más potente de los carcinógenos.

Es la comida, sobre todo, lo que ahora nos llena con más temores que alimentación: cada bocadillo se va hueito el vaso de leche que Cary Grant vomita en las escaleras a Ingrid Bergman en *Suspicion*, brillando como una estrella del mal. Es común ver a la gente en el supermercado pasar largos minutos leyendo la lista de ingredientes del cereal del desayuno, buscando signos químicos agoreros del modo en que el sacerdote examinaba antes las entrañas de las aves. En el supermercado de mi propio barrio, manejado por discípulos de Swami Sachitananda —¿en quién más puede uno confiar?— es un templo hindú del consumismo, en el que hasta las legumbres están ordenadas según un sistema de castas: en orden descendente, Orgánicas, Transicionales de uno / dos / tres / cuatro / cinco años (esto es, el número

de años desde que los pesticidas fueron usados en los campos), No Rociadas (sin pesticidas pero con fertilizantes químicos) y Poco Rociadas. (La casta de los intocables —vegetales rociados con pesticidas y fertilizantes químicos—, no hace falta decirlo, está proscritas en esta tierra santa.)

Aun nuestras enfermedades —esto es, las dos enfermedades que actualmente causan el pánico más grande— son bombas de tiempo que están ocultas en lo ordinario. La otra persona —si nos atrae bastante como para dormir con ella— puede, siete años más tarde, revelarse portadora de sida.\* Y para los que viven en la dicha de la monogamia o el celibato, una nueva amenaza recorre el país: mal de Lyme, se llama, y lo porta cierto ácaro delgado —cuando mucho del tamaño de una cabeza de alfiler—, una garrapata incapaz de distinguir edad, raza o preferencias sexuales. Ocasionalmente fatal, el mal de Lyme provoca fiebre, pérdida de la memoria, desorientación grave e hinchazón artrítica de las articulaciones, entre otras cosas —todas las cuales duran meses y pueden llegar e irse durante años, quizá durante toda la vida. (Personalmente conozco a tanta gente con enfermedad de Lyme como con sida —en algunas áreas del país una de cada cincuenta personas lo tiene.) El bosque se ha poblado de nuevo con los demonios medievales, pero los nuestros son pequeños y ordinarios, y hay millones de ellos.

Hemos pasado de la era de la reproducción mecánica, en la que, como Benjamin nos dijo, los objetos de arte pierden su aura, a la era de la televisión,

\* El sida es una enfermedad de individuos que en Occidente se ha extendido sobre todo, aunque no exclusivamente, entre dos grupos: hombres homosexuales y usuarios de drogas intravenosas. (En África es mayormente una enfermedad heterosexual.) Es interesante que los cristianos evangélicos y los partidarios de la Guerra Fría —que se definen sobre todo por sus enemigos: gentiles y comunistas— vean al sida exclusivamente como emanado de un grupo malvado y, para los predicadores de la televisión, como evidencia de la ira de Dios contra ese grupo. (Aunque pruebe el amor de Dios por las lesbianas; hasta la fecha, son el grupo de menos riesgo.) Para poner al día la lista negra de "antiamericanos" de los cincuenta, William F. Buckley ha sugerido que todos los portadores de sida sean tatuados en el trasero. Otros derechistas han propuesto campos de cuarentena, una idea hace mucho puesta en práctica en sólo un país —Cuba—, que por supuesto tiene una notable obsesión por las conspiraciones.

en la que las representaciones de la realidad reproducidas mecánicamente hacen que la realidad pierda su aura —deslustrada en una sucesión de imágenes que relampaguean más allá del espectador y su botón de control remoto: muerte, comida para perros, Julio Iglesias, Dachau, crema dental— a una en la que el aura —aunque un aura mala— ha sin duda vuelto para iluminar los objetos cotidianos de la reproducción mecánica. Lo terrenal está saturado de malevolencia; "los productos puros de Norteamérica", como escribió una vez William Carlos Williams, "se han vuelto locos". ¿Quién podría haber imaginado que el surrealismo resultaría profético? El "asesinado por el cielo" de Lorca es ahora tan literal como las ropas de acero claveteadas de Man Ray.

Es difícil imaginar un arte en la era de la fatalidad reproducida mecánicamente, en la que el surrealismo ha venido a ser superrealismo, pero sin duda existe. Dudo en decir su nombre pero —con un suspiro de "Victor Hugo, hélas!"— he lo aquí: Andy Warhol.

Para empezar a pensar en Warhol, tenemos que borrar casi todo lo que sabemos de él: La vana celebridad fotografiada con vanas celebridades en el club nocturno de moda (todo contado en un diario más vano todavía que figura actualmente en la lista de los libros más vendidos). El hombre que se llamaba a sí mismo "artista de los negocios" o "negociante del arte" y abrió esta era presente en la que el mundo del arte es indistinguible del Wall Street de corredores de empresas. El hombre que se deleitaba en el tedio, quien dijo una vez "El entrevistador no hará más que decirme las palabras que quiere decirme y yo las repetiré después de él. Creo que eso será grandioso, porque estoy tan vacío que no se me ocurre nada que decir."

Sin haber tenido antes interés en Warhol y su culto de la nadería resplandeciente, pensando que sabía todo lo que siempre había querido saber sobre él, fui no sin resistencia a la reciente retrospectiva total en el Museo de Arte Moderno —y quedé asombrado de encontrar que la obra no sólo parecía mejor de lo que recordaba, sino que es misteriosamente perturbadora, mucho más inquietante que los momentáneamente seductores neoe expresionistas.

Warhol había sido visto siempre como la encarnación de la profecía de Benjamín: la reproducción mecánica aplicada a la pintura, el arte sin aura último. En cierto sentido es cierto: cada imagen de Warhol ha sido copiada incontables veces, con pocas variaciones, en el estudio que él llamaba la Fábrica; pocas son enteramente obra del propio artista, y él negaba continuamente cualquier reclamo de autoría, originalidad, autenticidad: "La razón por la que pinto de este modo es que quiero ser una máquina". (Y sin embargo, por supuesto, cualquier Warhol es inconfundiblemente un Warhol.) Sus imágenes tienden a ser dadas, no inventadas —etiquetas de comida, estampas, fotografías del periódico, retratos de estrellas de cine—, y repetidas interminablemente, no sólo de tela en tela, sino en un solo cuadro. ("Me gustan las cosas aburridas. Me gusta que las cosas sean lo mismo una y otra vez".) Más todavía: estas imágenes eran signos completamente flotantes —no hay nada concreto en el trasfondo, no hay paisajes, y el único cuarto en un cuadro de Warhol contiene una silla eléctrica. Como las imágenes de televisión, no tienen otro contexto que ellas mismas, y aisladas se vuelven idénticas, no importa que sean calaveras o latas de sopa, Mao o Elvis. (Esta técnica significa, por supuesto, que cualquier cosa puede ser tema de una pintura de Warhol, y casi todo lo fue. Uno tendría que volver a los pintores flamencos para encontrar una representación enciclopédica de lo que los ricos parecían y lo que la gente común y corriente poseía y quería; o a Delacroix para una representación de la historia contemporánea.)

Nada de esto es noticia. Lo que fue sorprendente para mí es que estas obras conscientemente des-auradas han cobrado sin lugar a dudas, con el tiempo, su propia aura. Reproduciendo imágenes comunes, han venido a ser imágenes comunes de Warhol que a su vez han ido más allá de la imaginaria para volverse ellas mismas objetos producidos en masa. Ahora son mercancías —por un lado, piezas de un millón de dólares de condición real rectangular en el mundo del arte; pero, por otro lado, artículos de supermercado— y son tan malévolos como el tostador causante de cáncer que tenemos en la mesa.

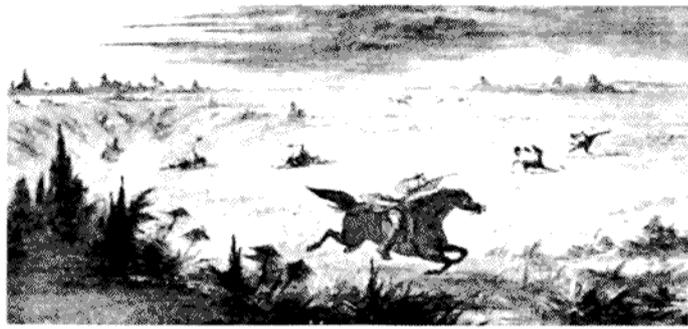
En primer lugar, los cuadros, contrariamente al recuerdo que tenemos de

ellos, no están en modo alguno perfectamente acabados, sino que más bien son técnicamente burdos: algunos están mal restirados y enmarcados, otros tienen manchas conspicuas de pintura y mugre. (Resultado, sospechamos, no del paso del tiempo —sobre todo en las pristinas casas de los coleccionistas— sino más bien de la forma en que salieron de la Fábrica.) Se ven usados —tal como se ven las cosas en nuestras casas. En segundo lugar, son innegablemente siniestros. Warhol ha sido llamado, no del todo injustamente, el colorista más talentoso desde Matisse; no deja de ser sorprendente cuántos de los cuadros son, como los del último Rothko, en blanco y negro. (O lo contrario: uno de los cuadros más perturbadores, más terrible que el original, es la versión de Warhol de la Madonna con apariencia de cráneo de Munch, hecha en colores pastel mareantemente suaves.) Sus celebridades son notables por la tragedia o el sombrío exceso de sus vidas: Marilyn Monroe, Elvis Presley, Elizabeth Taylor, Jackie Kennedy, Mick Jagger, Truman Capote. (El caso de Mao es distinto, desde luego, pero es interesante cómo Warhol toma la iconización del Mao de rostro blanqueado y la convierte en su rima inglesa: una Vaca igualmente impasible.) Hay incontables pinturas de carros chocados, suicidas, pistolas, sillas eléctricas, bombas atómicas, funerales de hampones, víctimas de incendios, disturbios raciales, cráneos, asesinatos, avionazos y el asesinato de Kennedy. Vale recordar que Warhol fue un devoto católico que asistía a misa todos los días. Quizá su verdadero género fue el *memento mori*; como los escultores y los poetas de la Edad Media, no dejó

nunca de recordarnos que detrás de la sonrisa de la hermosa damisela había gusanos que devoraban su cuerpo.

Nunca sabremos si Warhol fue un crítico o un *idiot savant*, un profeta o un producto de su tiempo. Fue ciertamente el gran celebrador de la monocultura: "Lo grande de este país es que Norteamérica inauguró la tradición en que los consumidores más ricos compran esencialmente las mismas cosas que los más pobres. Usted puede ver televisión y beber coca — cola, y sabe que el presidente bebe coca, Liz Taylor bebe coca y, no más piense, usted también puede beber coca. Una coca es una coca y no hay cantidad de dinero que pueda darle una coca mejor que la que está bebiendo el vago de la esquina. Todas las cocas son lo mismo y todas las cocas son buenas. Liz Taylor lo sabe, el presidente lo sabe, el vago lo sabe y usted lo sabe." Pero fue siempre el primero en destacar, a través de sus imágenes del desastre continuamente reiteradas, el gran miedo de la monocultura: que carga en algún lado con los agentes de su propia destrucción. Un fin del mundo que no es ni un gemido ni un estallido, ni la cólera de los dioses ni una lenta caída en el malestar total, sino un final accidental y democrático, causado por la fuerza acumulada de la proliferación masiva de cosas ordinarias. Este mito lo ha infiltrado todo ahora. Hay incluso una nueva teoría de la Edad de Hielo que adaptar: No el enfriamiento gradual de la Tierra y el lento avance de los glaciares; más bien, dicen los científicos, un día comenzará a nevar, sólo que esta vez no parará.

Traducción de Aurelio Astain



## LITORAL

JAIME GARCÍA TERRÉS

## ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

LA OLA de encuentros y desencuentros telefónicos parece ya irrefrenable: ¿Se encuentra Fulano? No, no se encuentra. ¿Se encuentra Zutanita? ¿No? ¿A qué horas se encontrará, entonces? Hay por cierto algunos diminutos colegas —como Tito Monterroso, por ejemplo— que ocultos por ahí en un rincón de su casa, o en un cajón de su ropero, pueden ser buscados y no encontrados cuando se les requiere telefónicamente. Por lo que hace al resto del mundo, uno supone que bastaría preguntar ¿Está...? Y contestar, según el caso, "Está" o "No está". Se diría que nuestro vulgo rehúye el habla directa, la palabra sin adornos o desvíos. En fin, en materia de lenguaje —ya lo sabía don Fulgencio Planciadés, ese otro Juan de Mairena que Alfonso Reyes se inventó un día para dialogar sobre la lengua— el vulgo es el que manda. En materia de lenguaje, y en muchos territorios más de cuantos sueña, Horacio, su filosofía.

## A LA HORA DEL DESAYUNO

"¿No han llegado los periódicos?" Esta es la frase dolorosa y cotidiana con que se empieza el día. Dolorosa (sirva la hipóbole) porque la respuesta, si es la hora del desayuno, hora de leer los periódicos, suele ser negativa. Y uno procede a quejarse en la sección de quejas de cada diario faltante, y a hacer corajes al ver al día siguiente que la historia se repite. ¿Vale la pena tanta pena? En rigor, no, si uno examina los respectivos contenidos. Aunque hay mañanas en que sí —cómo no— se publican artículos, opiniones o noticias imprescindibles, la regla general es que perdemos poco, intelectualmente, al omitir esa lectura matutina.

## CÁLCULOS

Es más, recuerdo que Gabriel García Márquez, en una ocasión en que le preguntaba, tras de advertir su desconoci-

miento sistemático de mucho de lo que ocurría en el mundo: "Bueno, ¿pero es que no lees los periódicos?", con absoluta naturalidad me respondió: "Desde luego que no." Y explicó: "Hace meses me puse a calcular aprovechando mi computadora, el tiempo que invertía yo en leerlos, y encontré que en ese lapso muy bien podría escribir completito un capítulo de novela. Y francamente me conviene más, en todos sentidos, esto último."

## CURIOSIDAD

¿Qué hace pues a tantos insistir en la frecuentación de los diarios? Muchas cosas. La necesidad de enterarnos, al menos, de la *aparición* de los sucesos a nuestro alrededor y de lo que, sucediendo en los demás países, nos atañe y nos interesa. La necesidad de tener algo de qué hablar cuando llegamos a la oficina o al café. La curiosidad invencible, y a ratos morbosa, de saber si se tocan ciertos temas, y cómo se comentan o se esquivan. El placer de leer, cuando aparecen, a nuestros amigos. El gozo correlativo de no (repto: no) leer a nuestros enemigos (aunque nunca falta quien nos informe del ataque por teléfono, y mientras más desagradable el ataque más veloz será el informe), etcétera.

## ADMIRABLE

Ello de ningún modo impide que el periodismo pueda llegar a ser un ejercicio admirable, ejemplar, edificante y apasionado. Yo mismo lo practico cuando (mínimo requisito) se me concede la decorosa oportunidad de hacerlo. Además, muchos de mis mejores amigos son periodistas.

## PANORAMA BRILLANTE

Y es de justicia aclarar que, comparada con épocas pasadas del periodismo mexicano, la presente depara perspectivas difícilmente mejorables en nuestro país. De mañana en mañana, si los repartido-

res lo permiten, nos desayunamos con la lucidez de Octavio Paz en *La Jornada*; o Carlos Fuentes nos saluda desde la primera plana de *Excelsior*; o Gabriel Zaid pone categóricos puntos sobre las fies palestino-israelíes en *Uno más Uno* (*Dos*, como sumaría irreflexivo don E). Para no hablar de Monsiváis, Aguilar Camín, Federico Reyes Heróles. O de la semanal erudición de José Emilio Pacheco en sus "Inventarios". Quienes, hará un tercio de siglo, nos iniciamos en el periodismo de entonces, difícilmente habríamos imaginado la posibilidad de un panorama como el actual, con todas sus limitaciones. Lo que sí ha menguado es el brillo de los suplementos. Entre el *México en la Cultura* de Benítez, Prieto y Rojo, y los desplumados búhos de hoy media un increíble abismo.

## EL SÍ DE LOS JÓVENES

Y ahora interrumpe tan solemne disquisición, si no un comercial, cuando menos el relato que mi dentista me hizo durante su trabajo, aligerándolo así, de la correspondencia telegráfica cruzada, a fines de 1988, entre un matrimonio de impacientes pacientes suyos, gallegos por convicción y viejos residentes en nuestra Ciudad de los Pedazos, y la progeñe de dicha pareja, estudiantes en la Madre Patria. Ansiosos de la reunión familiar decembrina, expusieron los progenitores: "Acercándose Navidades ¿venís vosotros o vamos nosotros?" No tardó la compacta respuesta. "Sí." ¡Acabáramos!, exclamó el padre oralmente, y reiteró telegráficamente: "¿Sí qué?" A lo que los muchachos, combinando cortesía y brevedad, aclararon por fin: "Sí, papá."

## OTRO PARÉNTESIS

Y otro paréntesis: con el fin de agradecer a Fernando Gamboa el envío de *El universo de la cocina mexicana*, espléndido volumen editado por él para Fomento Cultural Banamex, A.C. No sabe uno qué aplaudir primero: la presenta-

ción gráfica, digna de los grandes libros culinarios europeos, o la idea que preside y ordena esta obra de alta gastronomía, o la utilidad práctica del recetario que la acompaña. Celebremos todo ello junto, y además el acierto de la banca nacionalizada en patrocinarse, encomendando su realización a técnicos idóneos y no a cualquier improvisado, este género de ediciones que prestigian a los valores mexicanos sin necesidad de recargarlos con fatuos alardes nacionalistas.

#### Y UN TERCERO

Todo es empezar con los paréntesis. En seguida se pica uno y da en multiplicarlos. Ahí va el tercero. Para pasarles al costo la maravilla de un spot televisivo que acabo de oír por el Canal N. El locutor, haciendo uso de su más engolada voz, anuncia, como si nada: "Y no se pierdan ustedes por ningún motivo nuestro grandioso programa musical del domingo próximo. En el que presentaremos para ustedes la conocida y bonita ópera *Una bola de máscaras*." Y esta vez sí, lectores, vaya el spot sin comentarios.

#### EL BUEN ARTE

Pero sigamos con el tema del periodismo. Intentaba yo decir, en realidad, dos cosas en un solo mensaje. Por una parte, que el influjo, no mencionemos ya el poder, de la prensa se antoja, en nuestro ambiente y época, considerablemente desproporcionado a la calidad de su nivel medio. (Tal vez haya de ser así en una democracia sin adjetivos.) De otro lado, sin embargo, me proponía hacer un elogio de las excepciones que superan ese nivel, y del buen arte periodístico en general, en todos los siglos y regiones.

#### REPORTAJES

¿Cuándo se escribieron los primeros reportajes? Hay quien insinúa que en los tiempos bíblicos. Otros mantienen que Cristóbal Colón —y pronto celebraremos su medio milenario— inauguró el género con su famosa carta de 1493, copias de la cual circularon de mano en mano, como si se tratara, *avant la lettre*, de un periódico internacional. Sea de ello lo que fuere, y puesto que andamos todavía en los festejos del bicen-

nario de la Revolución Francesa, será mejor traer a colación la aventura reportil de Camille Desmoulins, en *Le Vieux Cordelier* del 25 de diciembre de 1793. *Le Vieux Cordelier* ya era una gaceta como Dios manda, y Desmoulins, su propietario, joven abogado y luchador republicano, describe en la crónica de marras, hablando en primera persona, su propia incitación a las turbas, más de cuatro años antes, para que tomaran nada menos que la Bastilla: "Fue el doce de julio cuando hube de conspirar, pistola en mano, llamando a la nación a las armas y la libertad... Nadie me precedió en el uso de la cocarda tricolor, y nadie podrá en lo sucesivo plantársela en su sombrero sin pensar en mí... Acababan de sonar las dos y media cuando llegué a la multitud congregada, lleno de iracunda desesperación contra el despotismo. Me pareció que la gente ahí reunida, aunque presa de honda emoción y aun sobrecogida, carecía de impulso revolucionario... Un grupo de ciudadanos, más enardecidos que el resto, me pusieron encima de una mesa, animándome a estimular el espíritu patriótico de la muchedumbre, que me rodeó sin tardanza... Y así comencé mi breve arenga: 'Ciudadanos, no tenéis un minuto que perder. Los batallones suizos y germanos se aprestan a partir del Campo de Marte a fin de cortarnos la cabeza. Sólo tenemos un recurso —levantarnos en armas y no dejar de usar la cocarda para reconocernos entre nosotros...'"

#### ¿CONSPIRACIÓN?

En 1793, movía la pluma de Camille Desmoulins un propósito muy concreto: la reivindicación de su prestigio de agitador pionero, fincando en ella la mejor defensa respecto a los flamantes cargos de contrarrevolucionario que lo amenazaban. "Me reconozco culpable —argumentó— de una única conspiración. He conspirado para hacer de Francia una república dichosa y la próspera. Y semejante afán conspiratorio antecede, por varios años, a mi encendida peroración de aquel 12 de julio..."

#### LA HISTORIETA

Por contraste y alivio de revueltas y contrarrevueltas, quisiera en seguida referirme a uno de los géneros periodísticos menores aunque más sonrientes. A

saber, la historieta, tira cómica, *bande dessinée*, o como gusten ustedes llamarla, de acuerdo con la peculiar idiosincrasia o los tamaños culturales de cada uno. Pero no desearía incurrir, por mi modesta referencia, en ninguna suerte de filosofía estructuralista ni neoestructuralista ni semántica o semiológica ni posmodernista; tendencias que, si he de ser franco, me dan flojera, lo mismo si enfocan las correrías de Dick Tracy, las señales callejeras de tránsito, los mitos chibchas o las entretelas de la construcción o desconstrucción poética. ¡Al diablo con las relaciones intertextuales, los tenores del co-relato y las morfologías del sarcasmo paradigmático!

#### MENUDO PERSONAJE

No. Lo que quiero emprender es un nuevo homenaje a Mafalda, ese menudo personaje que Joaquín Salvador Lavado (alias Quino) concibió hace decenios y luego, cesando en forma brusca de alentarla y dibujarla, abandonó a su inerte fortuna —que, para sorpresa de cuantos se tomen la molestia de considerar el hecho, sigue siendo extraordinariamente vivaz. Mafalda nació en 1964 y se despidió del mundo, empujada por su creador, en junio de 1973. Su despedida, empero [ojo al arcaísmo, Ross], fue al modo de los toreros adioses de Lorenzo Garza; esto es, no han cesado de reaparecer en la prensa continental sus perfiles ni sus dichos. Y no se aburre uno de ellos. Ignoro si es el placer del texto o la constancia del pretexto lo que los ha vuelto permanentes; puedo, sí, garantizar que continúan gratificándome, como el tradicional Cielito Lindo a su cantor enamorado, de domingo a domingo. Y que eso basta a satisfacer mis ímpetus lectores.

#### HEROÍNA IRACUNDA

Y acontecen aún, asimismo, esporádicas resurrecciones en cuaderno de Mafalda y los suyos. En el otoño de 1988 Ediciones de la Flor publicó en Buenos Aires una *Mafalda inédita* que me apresuré a encargar —y a recibir, gracias a Héctor Libertella— por correo aéreo. Los compiladores explican ahí que "los diez libros editados sobre Mafalda no recogen exhaustivamente las andanzas de [ese] personaje...", y que las tiras que integran este volumen, difundidas en sus

orígenes por tres publicaciones argentinas (*Primera plana, El mundo y Siete días ilustrados*) "fueron, en muchos casos, deliberadamente omitidas de los libros precedentes. La decisión de darlas a conocer a través de una nueva edición significa no sólo un homenaje a la verdad histórica de Mafalda —a punto de cumplir sus veinticinco años— sino también un llamado a la reflexión sobre casi una década de la historia local y mundial". Dicha explicación nos recuerda de paso que Umberto Eco (semiólogo de nuestra era, y glosador alterno del nombre de la rosa y el péndulo de Foucault) veía a la singular Mafaldilla como "una heroína iracunda que rechaza al mundo tal cual es... reivindicando su derecho a seguir siendo una niña que no quiere hacerse cargo de un universo adulterado por los padres." Sea o no sea [por favor, señor linotipista, no vaya usted a escribir, en inocente confusión semiológica, Zea o no Zea] así, Mafalda y su pandilla tienen vida para rato, pese a las coletas cortadas de su padre Quino [con Q] y a los univer-

sales desasosiegos de los demás padres.

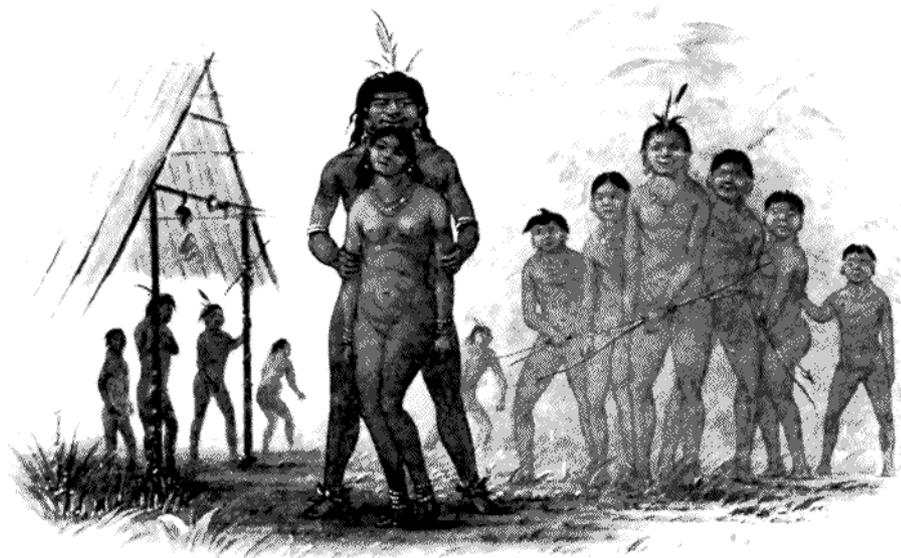
#### REGRESO

La Librería Británica se inauguró en esta ciudad, allá por los cincuentas, en un rincón, entonces casi íntimo, de la calle de Lerma. Muchos años la tuvo a su cargo Irene Nicholson; y vasta, aunque selecta, era su clientela, gracias a la amabilidad de Irene, y también —añadiríamos— debido a la baratura comparativa, en esa época, de los libros ingleses. Más tarde, ya bajo la dirección experta de John Grepe, el expendio se mudó a Villalóngin, a dos cuadras de distancia, y después, extendido su espacio y elevados sus precios, estrenó edificio en Serapio Rendón. El afán de ampliación, cualesquiera hayan sido sus motivos, acabó con el carácter original de la casa. Primero, cambió de nombre, asumiendo el dudoso e insípido de Angloamericana; luego, Grepe se separó de ella y fundó, en la calle de Ganges, una nueva, más pequeña Librería Británica. La ciudad, entretanto, se hizo distinta, y

perdimos de vista todo aquello. Pero el otro día me asomé por curiosidad al antiguo local de la Angloamericana. Y comprobé que no siempre es malo caminar en círculo. Repentina me saludó una voz familiar: era John Grepe, retornado a sus orígenes. Y la espaciosa librería había vuelto a ser Británica. Ya nos veremos, John. Ojalá que los buenos tiempos hayan regresado, dentro de lo posible, contigo.

#### TIEMPO DE LLORAR

Y mucho agradezco, María Luisa Elío, el envío de tu *Tiempo de llorar* y el afecto de su nostálgica dedicatoria. Sóbrale razón, como de costumbre, a la vigorosa pluma de Álvaro Mutis, que prelude estas páginas: "Su lectura tiende a convertirse en una ronda inagotable de pena, sueño y dolor del exilio, del exilio interior que todos llevamos adentro y pocos saben reconocer y que nada tiene que ver con la geografía ni menos con la historia..." No menos se agradece la noble edición, una más del Equilibrista.



CARTA DE COPILCO

## VOLARE

GUILLERMO SHERIDAN

I' mi saprei levar per l'aere a volo...  
Inferno XXIX (113)

LOS DÍAS EN que se paga la quincena en la Universidad son un espectáculo: como si se tratara de un festival, sobre edificios, explanadas, espacios escultóricos, laboratorios y torterías, abundantes aeronaves realizan piruetas inverosímiles. Por acá un Bleriot realiza una arriesgada barrena, por allá un Dumont ensaya el clásico *looping the loop*; un escuadrón de Goliaths desciende en formación "punta de flecha" sobre algún Instituto; otro de Fairchild intenta un "tonel mandado" sobre tal facultad.

El estruendo es ensordecedor: desde el chug chug achacoso de un vetusto clipper hasta el siseo sedoso de un esbelto boeing, los aviones giran en el espacio como metálicos zopilotes con la bien localizada presa en la mira: ¡el cheque quincenal!

Ya en tierra el espectáculo continúa. Los vulgares estacionamientos devienen audaces aeródromos. Uno tiene que caminar sorteando biplanos Wright, planeadores Truman, domésticas Beechcrafts, Sikorskys, agresivos Messerschmitts, panzones jumbos, dinámicos efe - quince.

En la pagaduría, entre tantos altazores, uno se siente como un buzo en una clase de ballet. *Goggles*, mangueras de oxígeno, chamarras borrega, bufandas blancas de seda que, tremolantes, no acaban de aterrizar. Se mira en sus ojos la vastedad que les contagia la convivencia con *cumulus* y *cirrus*. Se quitan los guantes para firmar de recibido y embolsarse el cheque.

Los aviadores departen luego con la natural alegría de quien ha sobrevivido otra batalla. Sus manos, convertidas en aviones, describen en escala la reciente proeza. Las anécdotas vuelan más alto que sus relatores. Recuerdan, por ejemplo, al Barón Carpizo, cuyo último ataque fue patéticamente infructuoso. Las risotadas retumban cuando recuerdan cómo cayó su Spitfire haciendo una

humeante *spiral*. Después platican, se tratan de *old chap* y beben la ginebra que un mozo de estribo pasea en una charola.

—¡Licenciado! ¡Cuánto de no verlo!

—¡Una quincena, para ser exactos, *old chap*!

—¿Cómo no va su trabajo?

—Ahí no va, ahí no va.

—¡Qué gusto! ¿Qué es lo que no está haciendo?

—No estoy dando una clase sobre tal o cual cosa. ¿Y usted?

—Yo no estoy haciendo la investigación de siempre, ya sabe.

—¡Qué bien! ¿Desde cuándo no la está haciendo?

—¡Desde hace quince años!

—Y ¿para cuándo no va a terminarla?

—Si todo va bien, no la voy a terminar dentro de unos cinco años.

—¡Pues ya casi! ¿Y qué va a hacer cuando no la termine?

—¡Pues no comenzaré otra!

Una pareja de veteranos, cargados de medallas, brújulas y sextantes se dirige a la puerta.

—Lo que usted no está haciendo es muy interesante.

—¿Le parece?

—Sí. No vi un adelanto en la revista X.  
—En efecto, hace poco que no lo publiqué.

—¿Y es difícil no publicar ahí?  
—Es difícil. Pero yo puedo recomendarlo y verá que no lo publican

—¿De veras lo haría? No necesito puntos curriculares...

—Usted no me dé algo y verá que no lo publican en el próximo número.

Así, los aviadores concluyen su jornada. Sólo falta el banco y después ¡a casita! Los motores rugen, llenando de turbulencia el espacio universitario. Se hacen la señal de *Thumbs up!* de cabina a cabina. Dentro de un momento serán unos puntos negros cruzando el etéreo tisú. Se preguntan si el *Commander Sarukhán*, relevo del Barón Carpizo, planea una nueva ofensiva. ¿Quizá haga instalar un nuevo y potente radar antiaéreo que proteja las pagadurías!

Sería en vano. Parece que al *Commander* le interesan más los premios que los castigos. Y además ya está en la línea de producción el nuevo *Stealth* (en traducción rústica "El sigiloso"), un avión con apariencia de mantarraya que puede burlar cualquier radar y aterrizar hasta en un contrarrecibo.

